

CUENTOS DE ENCANTAMIENTO

Fernán Caballero

Índice

La hormiguita

El lobo bobo y la zorra astuta

Los caballeros del pez

La niña de los tres maridos

Bella Flor

El lirio azul

Versión valenciana

El pájaro de la verdad

Los deseos

El pícaro pajarillo

El Carlanco

Otra versión del Carlanco

Benibaire

La zorra y la vejeta

El gallo y el pato

La joroba

El galleguito

Juan Cigarrón

El zurrón que cantaba

Pico, pico, a ver si me pongo rico

Cuento de embustes

El duendecillo fraile

La gallina duende

La hormiguita

Había vez y vez una hormiguita tan primorosa, tan concertada, tan hacendosa, que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa, se halló un ochavito. Dijo para sí: ¿Qué haré con este ochavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina. Pensolo más, y se fue a una tienda, donde compró un poco de arrebol, se lavó, se peinó, se aderezó, se puso su colorete y se sentó a la ventana. Ya se ve; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella. Pasó un toro, y la dijo:

-Hormiguita, ¿te quieres casar conmigo?

-¿Y cómo me enamorarás? -respondió la hormiguita.

El toro se puso a rugir; la hormiga se tapó los oídos con ambas patas.

-Sigue tu camino -le dijo al toro-, que me asustas, me asombras y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacareó. Todos causaban alejamiento a la hormiga; ninguno se ganó su voluntad, hasta que pasó un ratonpérez (1), que la supo enamorar tan fina y delicadamente, que la hormiguita le dio su manita negra. Vivían como tortolitas, y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.

Quiso la mala suerte que un día fuese la hormiguita sola a misa, después de poner la olla, que dejó al cuidado de ratonpérez, advirtiéndole, como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón; pero el ratonpérez hizo, por su mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menear la olla, y así fue que sucedió lo que ella había previsto.

Ratonpérez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo, y allí murió ahogado.

Al volver la hormiguita a su casa, llamó a la puerta. Nadie respondió ni vino a abrir. Entonces se fue a casa de una vecina para que la dejase entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el

cerrajero, que le descerrajase la puerta. Fue-se la hormiguita en derechura a la cocina; miró la olla, y allí estaba, ¡qué dolor!, el ratonpérez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervía. La hormiguita se echó a llorar amargamente. Vino el pájaro, y la dijo:

-¿Por qué lloras?

Ella respondió:

-Porque ratonpérez se cayó en la olla.

-Pues yo, pajarito, me corto el piquito.

Vino la paloma, y la dijo:

-¿Por qué, pajarito, te has cortado el pico?

-Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora.

-Pues yo, la paloma, me corto la cola.

Dijo el palomar:

-¿Por qué tú, paloma, cortaste tu cola?

-Porque ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito cortó su piquito, y yo, la paloma, me corto la cola.

-Pues yo, palomar, voyme a derribar.

Dijo la fuente clara:

-¿Por qué, palomar, voste a derribar?

-Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito cortó su piquito; y que la paloma se corta la cola; y yo, palomar, voyme a derribar.

-Pues yo, fuente clara, me pongo a llorar. Vino la Infanta a llenar la cántara.

-¿Por qué, fuente clara, póneste a llorar?

Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se corta la cola; y que el palomar fue a derribar; y yo, fuente clara, me pongo a llorar.

-Pues yo, que soy Infanta, romperé mi cántara.

Y yo, que lo cuento, acabo en lamento, porque el ratonpérez se cayó en la olla, iy que la hormiguita lo siente y lo llora!

El lobo bobo y la zorra astuta

Había una vez una zorra que tenía dos zorritas de corta edad. Cerca de su casa, que era una chocita, vivía un lobo, su compadre.

Un día que pasaba por allí, vio que este había hecho mucha obra en su casa y la había puesto que parecía un palacio. Díjole el compadre que entrase a verla, y vio que tenía su sala, su alcoba, su cocina y hasta su despensa, que estaba muy bien provista.

-Compadre -le dijo la zorra-, veo que aquí lo que falta es un tarrito de miel.

-Verdad es -contestó el lobo.

Y como acertaba a la sazón a pasar por la calle un hombre pregonando:

Miel de abejas,
zumo de flores,

comprola el lobo, y llenó con ella un tarrito, diciéndole a su comadre que, estando rematada la obra de su casa, la convidaría a un banquete y se comerían la miel.

Pero la obra no se acababa nunca, y la zorra, que se chupaba las patas por la miel, estaba deshaciéndose por zampársela.

Un día le dijo al lobo:

-Compadre, me han convidado para madrina de un bautizo, y quisiera que me hiciese

usted el favor de venirse a mi casa a cuidar de mis zorritas, entre tanto que estoy fuera.

Accedió el lobo, y la zorra, en lugar de ir al bautismo, se metió encasa del lobo, se comió una buena parte de la miel, cogió nueces, avellanas, higos, peras, almendras y cuanto pudo rapiñar, y se fue al campo a comérselos alegremente con unos pastores, que en cambio le dieron leche y queso.

Cuando volvió a su casa, dijo el lobo:

-Vaya, comadre; ¿qué tal ha estado su bautizo?

-Muy bueno -contestó la zorra.

-Y el niño, ¿cómo se llama?

-«Empezili» -respondió la supuesta madrina.

-¡Ay, qué nombre! -dijo su compadre.

-Ese no reza en el almanaque. Es un santo de poca nombradía -respondió la zorra.

-¿Y los dulces? -preguntó el compadre.

-Ni un dulce ha habido -respondió la zorra.

-¡Ay, Jesús, y qué bautismo! -dijo engestado el lobo-. ¡No he visto otro! Yo me he quedado aquí todo el día como una ama de cría con las zorritas por tal de comerlos, y se vie-

ne usted con las patas vacías. ¡Pues está bueno!

Y se fue enfurruñado.

A poco tuvo la zorra grandes ganas de volver a comer miel, y se valió de la misma treta para sacar al lobo de su casa, prometiéndole que le traería dulces del bautismo. Con esas buenas palabras convenció al lobo, y cuando volvió a la noche, después de haberse pasado un buen día de campo y haberme comido la mitad de la miel, le preguntó su compadre que cómo le habían puesto al niño. A lo que ella contestó:

-«Mitadili».

-¡Vaya un nombre! -dijo el compadre, que, por lo visto, era un poco bobo-. No he oído semejante nombre en mi vida de Dios.

-Es un santo moro -le respondió su comadre.

Y el lobo quedó muy convencido de este marmajo, y le preguntó por los dulces.

-Me eché un rato a dormir bajo un olivo, vinieron los estorninos y se llevaron uno en cada pata y otro en el pico -respondió la zorra.

El lobo se fue enfurruñado y renegando de los estorninos.

Al cabo de algún tiempo fue la zorra con la misma pretensión a su compadre.

-¡Que no voy! -dijo este-. Que tengo que cantarle la nana a sus zorrillas para dormirlas, y no me da la gana de meterme al cabo de mis años a niñera, sin que llegue el caso que traiga usted un dulce siquiera de tanto bautizo a que la convidan.

Pero tanta parola le metió la comadre y tantas promesas le hizo de que le traería dulces, que al fin convenció al lobo a que se quedase en su choza.

Cuando volvió la zorra, que se había comido toda la miel que quedaba, le preguntó el lobo que cómo le habían puesto al niño, a lo que contestó:

-«Acabili».

-¡Qué nombre! ¡Nunca lo he oído! -dijo el lobo.

-A ese santo no le gusta que suene su nombre, respondió la zorra.

-Pero ¿y los dulces? -preguntó el compadre.

-Se hundió el horno del confitero y todos se quemaron -respondió la zorra.

El lobo se fue muy enfadado, diciendo:

-Comadre, ojalá que a sus dichosos ahijados «Empezili», «Mitadili» y «Acabili», se les vuelvan cuantos dulces se metan en la boca guijarros.

Pasado algún tiempo, le dijo la zorra al lobo:

-Compadre, lo prometido es deuda; su casa de usted está rematada, y tiene usted que darme el banquete que me prometió.

El lobo, que tenía todavía coraje, no quería; pero al fin se dejó engatusar, y se dio el convite a la zorra.

Cuando llegó la hora de los postres, trajo, como había prometido, la orza de miel, y venía diciendo al traerla:

-¡Qué ligera que está la orcita! ¡Qué poco pesa la miel!

Pero cuando la destapó se quedó cuajado al verla vacía.

-¿Qué es esto? -dijo.

-¡Qué ha de ser! -respondió la zorra-. ¡Que usted se la ha comido toda para no darme parte!

-Ni la he probado siquiera -dijo el lobo.

-¡Qué! Es preciso, sino que usted no se acuerda.

-Digo a usted que no, ¡canario! Lo que es que usted me la ha robado, y que sus tres ahijados, «Empezili», «Mitadili» y «Acabili», han sido empezar, mediar y acabar con mi miel.

-¿Conque tras que usted se comió la miel por no dármela, encima me levanta un falso testimonio? Goloso y maldiciente, ¿no se le cae a usted el hocico de vergüenza?

-¡Que no me la he comido, dale! Quien se la ha comido es usted, que es una ladina y ladrona, y ahora mismo voy al león a dar mi queja.

-Oiga usted, compadre, y no sea tan súbito -dijo la zorra-. El que comió miel, en poniéndose a dormir al sol la suda. ¿No sabía usted eso?

-Yo, no- dijo el lobo.

-Pues mucha verdad que es -prosiguió la zorra-. Vamos a dormir la siesta al sol, y cuando nos despertemos, aquel que le sude la barriga miel, no hay más sino que es el que se la ha comido.

Convino al cabo, y se echaron a dormir al sol.

Apenas oyó la zorra roncar a su compadre, cuando se levantó, arrebañó la orza y le untó la barriga con la miel que recogió. Se lamió la pata y se echó a dormir.

Cuando el lobo se despertó y se vio con la barriga llena de miel, dijo:

-¡Ay, sudo miel! Verdad es, pues yo me la comí. Pero puedo jurar a usted, comadre, que no me acordaba. Usted perdone. Hagamos las paces, y váyase el demonio al infierno.

Los caballeros del pez

Erase vez y vez un pobre zapatero remendón, que no ganaba nada en su oficio, y así determinó comprar una red y meterse a pescador. Muchos días estuvo pescando, y no

sacó más que cangrejos y zapatos viejos, que cuando era remendón no veía nunca. Al fin pensó:

-Hoy es el último día que pesco. Si nada saco, me voy y me ahorco.

Echó las redes, y esta vez sacó en ellas a un pez de San Pedro (2).

Conforme tuvo en su mano el remendón al hermoso pez, le dijo este (que por lo visto no era tan callado como suelen serlo los de su especie): -Llévame a tu casa; córtame en ocho pedazos y guísame con sal y pimienta, canela y clavo, hojas de laurel y yerbabuena. Dale a comer dos pedazos a tu mujer, dos a tu yegua, dos a tu perra, y los otros dos los sembrarás en tu jardín.

El remendón hizo al pie de la letra cuanto le dijo el pescado; tal fue la fe que le inspiraron sus palabras. De esto se deduce y confirma un hecho eminentemente antiparlamentario (harto sentimos no poder disimularlo), y es que los que hablan poco inspiran más fe y confianza en sus palabras que los que hablan mucho.

A los nueve meses parió su mujer dos niños; su yegua, dos potros; su perra, dos cachorros, y en el jardín nacieron dos lanzas, que por flor llevaban dos escudos, en los que se veía un pez de plata en campo azul.

Medró todo esto en amor y compañía maravillosamente, de manera que andando el tiempo salieron de casa del remendón dos gallardos jinetes, montados sobre dos soberbios corceles, seguidos de dos valientes sabuesos, con dos erguidas lanzas y dos brillantes escudos.

Eran los hermanos tan en extremo parecidos, que dieron en llamarlos «El Caballero Doble»; y queriendo cada cual, como era justo, conservar su individualidad, determinaron separarse y campar cada uno por su respeto, por lo que, después de abrazarse estrechamente dirigiéronse el uno al Poniente, y el otro a Levante.

Después de unos días de marcha, llegó el primero a Madrid, y halló a la coronada villa mezclando las amargas aguas de sus lágrimas con las puras y dulces de su querido Manzanares. Todo el mundo lloraba, hasta la Mari-

blanca de la Puerta del Sol. Nuestro bello mancebo preguntó cuál era la causa de aquella desolación, y supo que todos los años un fiero dragón, hijo de una infernal vieja, se llevaba una bella joven, y que aquel año infausto había tocado la suerte a la Princesa, buena y bella sin segunda, hija del Rey.

Preguntó en seguida el caballero que dónde se hallaba la Princesa, y le contestaron que a un cuarto de legua de distancia esperaba a la fiera, que aparecía al caer las doce, para llevarse su presa.

Fue el caballero a cerciorarse al punto indicado, y halló a la Princesa hecha un mar de lágrimas y temblando de pies a cabeza.

-¡Huid! -gritó la Princesa al Caballero del Pez cuando le vio llegar-. ¡Huid, temerario, que va a venir el monstruo, y si os ve, pobre de vos!

-No me iré -contestó el bizarro caballero-, porque he venido a salvaros.

-¿Salvarme? ¿Cómo? ¡Si esto no es posible!

-Allá veremos -contestó el valiente campeón-. ¿Hay aquí alemanes?

-Sí, señor -respondió con extrañeza la Princesa-. ¿A qué esa pregunta?

-Ya lo sabréis.

Y echando a escape su caballo, partió para la desolada villa, volviendo a breves instantes con un inmenso espejo que había comprado en una tienda de alemán. Apoyolo contra el tronco de un árbol, lo cubrió con el velo de la Princesa, puso a esta delante, advirtiéndola que cuando estuviese cerca la fiera descorriese el velo y se escondiese tras el espejo, dicho lo cual hizo él otro tanto detrás de un vallado cercano.

No tardó en aparecer el fiero dragón y en acercarse lentamente a aquella beldad, mirándola con tal insolencia y tal descaro, que sólo le faltaba el lente para igualar a otros culebrones menos temibles que él.

Cuando ya estaba cerca, la Princesa, según le había prescrito el Caballero del Pez, descorrió el velo, y pasando detrás del espejo, desapareció a los enamorados ojos del fiero dragón, que quedó estupefacto al hallar dirigidas sus amorosas miradas a un dragón como él. Frunció el gesto; su igual hizo lo mismo. Sus

ojos se pusieron rojos y brillantes como dos rubíes; no se quedaron en zaga los de su contrario, que se pusieron como dos carbunclos. Aumentose con esto su furor, y erizó sus escamas como un puercoespín sus púas; las del otro dragón hicieron otro tanto. Abrió una tremenda boca, que hubiese sido única en su especie, a no haber sido porque el amenazado, lejos de intimidarse, abrió otra idéntica. Furioso, se abalanzó el dragón contra su intrépido contrario, dándose tal calamocho en la cabeza contra la luna, que quedó aturdido; y como había roto el espejo, y en cada pedazo vio una de las partes de su cuerpo, infirió de esto que con el golpe se había hecho él mismo pedazos.

Aprovechó el caballero este momento de mareo y asombro, y saliendo instantáneamente de su escondite, con su fiel perro y su buena lanza, le quitó la vida, y le hubiese quitado ciento que hubiera tenido.

Déjase pensar el júbilo y algazara de los madrileños, que son gente alegre, cuando vieron llegar al Caballero del Pez, trayendo a ancas a la Princesa, más contenta que unas

Pascuas, y al dragón atado a la cola del brioso corcel, que tiraba de él tan ancho y donoso, como si hubiese sido la cola del manto de una Orden de Caballería.

Colegirase también que tal hazaña no se podía pagar al Caballero del Pez sino con la blanca mano de la Princesa; que hubo boda, que hubo banquete, que hubo toros y cañas, y que yo fui y vine y no me dieron nada.

Vamos ahora a que el esposo le dijo a la esposa algunos días después de casados que quería ver todo el palacio, que era tan grande que ocupaba una legua de terreno. Hízose así, y echaron tres días en verlo. Al cuarto subieron a las azoteas. El caballero se quedó admirado. ¡Qué vista, amigo! Jamás has visto tú una igual, ni yo tampoco. Se veía toda España, y hasta los moros, y al Emperador de Marruecos, que estaba llorando por el dragón, su amigo.

-¿Qué castillo es aquel -preguntó el Caballero del Pez- que se ve allá a lo lejos, tan solo y tan sombrío?

-Ese es -respondió la Princesa- el castillo de Albatroz, el que está encantado, sin que

nadie pueda deshacer el hechizo, y ninguno de los que lo han intentado ha vuelto de allá.

El caballero calló al oír estas razones; pero como era valiente y emprendedor, a la mañana siguiente, sin que lo sintiese la tierra, montó su corcel, cogió su lanza, llamó a su sabueso y se encaminó hacia el castillo.

Estaba el tal castillo que daba espeluzos mirarlo. Más sombrío que una noche de truenos, más engestado que un facineroso y más callado que un difunto. Pero el Caballero del Pez no conocía el miedo sino de oídas, y no volvía la espalda sino a los enemigos vencidos. Así, pues, tomó su corneta o clarín y tocó una sonata.

Al toque despertaron todos los dormidos ecos del castillo y de las peñas, que repitieron en coro, ya más cerca, ya más lejos, ya más suave, ya más hueco, los sonidos de la sonata. Pero en el castillo nadie se movió.

-¡Ah del castillo! -gritó el caballero-. ¿No hay quien atienda a un caballero que pide albergue? ¿No tiene este castillo alcaide, escudero anciano ni paje mozalbete?

-¡Vete! ¡Vete! ¡Vete! -clamaron los ecos.

-¿Que me vaya? -dijo el Caballero del Pez-.
¡Yo no retrocedo en mis empresas por cuanto hay!

-¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! -gimieron los ecos.

El caballero empuñó su lanza y dio un fuerte golpe contra la puerta.

Abriose entonces el rastrillo, y asomose la punta de una larga nariz, que sentaba sus reales entre los hundidos ojos y la hundida boca de una vieja más fea que el Mengue.

-¿Qué se ofrece, imprudente alborotador? -preguntó con voz cascada.

-Entrar -contestó el caballero-. ¿No puedo acaso gozar aquí algún descanso en esta tarde de estío? ¿Sí o no?

-No, no, no -dijeron los ecos.

Habla levantado el caballero su visera, porque era fuerte el calor, y al verlo la vieja tan bien parecido, le dijo:

-Pasad adelante, bello doncel, que seréis atendido y bien cuidado.

-¡Cuidado! ¡Cuidado! -advirtieron los ecos.

Pero el caballero entró diciendo:

-¡Yo no temo sino a Dios!

-¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós! -suspiraron los ecos.

-Vamos, madre anciana...

-Me llamo doña Berberisca -interrumpió la vieja, muy amostazada, al caballero-, y soy señora de Albatroz.

-¡Atroz! ¡Atroz! -le gritaron los ecos.

-¿Queréis callar, malditos vocingleros? - exclamó con coraje doña Berberisca-. Soy vuestra servidora -prosiguió, haciendo una cortesía a la francesa al caballero-, y si queréis seré vuestra esposa, y viviréis conmigo aquí como un bajá.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! -rieron los ecos.

-¿Que me case con vos, que tenéis cien años? Estáis loca, y tonta también.

-Bien, bien -dijeron los ecos.

-Lo que quiero -prosiguió el caballero- es registrar el castillo, e irme después que haga ese examen.

-¡Amén! ¡Amén! -suspiraron en latín los ecos.

Doña Berberisca, picada hasta el corazón, echó una torva mirada al Caballero del Pez, e intimándole que la siguiese, le enseñó todo el

castillo, en el que vio muchas cosas; pero no las pudo referir, porque la pícara Berberisca lo llevó por un callejón oscuro, en que había una trampa, en la que cayó y desapareció en un abismo, y su voz se fue con los ecos, que eran las voces de otros muchos bizarros y cumplidos caballeros, que la pícara Berberisca había castigado de la misma manera por haber despreciado sus venerables hechizos.

Vamos ahora al otro Caballero del Pez, que había seguido viajando, y que vino a parar a Madrid. Al entrar por las puertas de esta, los soldados se formaron, los tambores batieron marcha real y muchos criados de Palacio le rodearon, diciéndole que la Princesa se deshacía en lágrimas al ver lo que se había prolongado su ausencia, temiendo le hubiese acaecido alguna desgracia en el maldito castillo encantado de Albatroz.

-Preciso es -pensó el caballero- que me tengáis por mi hermano, a quien parece que tan buena suerte ha cabido. Callemos, y veamos en qué vienen a parar estas misas.

Lleváronle casi en triunfo al palacio, y fácil es hacerse cargo de los cariños y obsequios

de que fue objeto por parte del Rey y de la Princesa.

-¿Conque fuiste al castillo? -preguntaba este.

-Sí, sí -contestaba.

-¿Y qué viste?

-No me es permitido decir una palabra sobre ello, hasta que vuelva allá otra vez.

-¿Piensas acaso volver a ese maldito castillo, tú, único y solo que jamás haya vuelto de él?

-Me precisa.

Cuando se fueron a acostar puso el caballero su espada en la cama.

-¿Por qué haces eso? -preguntó la Princesa.

-Porque he hecho promesa de no acostarme hasta que vuelva otra vez de Albatroz.

Y al día siguiente montó su bridón y se encaminó hacia el castillo encantado, temiendo que alguna desgracia le hubiese sucedido a su hermano.

Llamó al castillo, y se asomaron luego al rastrillo las fieras narices de la vieja, que parecía un pez-espada. Pero apenas hubo visto

la vieja al caballero, cuando sus narices se pusieron lívidas, porque le pareció que los muertos resucitaban, y huyó, invocando al objeto de su devoción, Belzebut, haciéndole promesa de comer cuantas peras y manzanas le presentase si la libertaba de aquella visión de carne y hueso, salida de la mansión de los muertos.

-Señora senectud -le gritaba el recién llegado-, ¿no ha venido por acá un caballero que viste así?

-Sí, sí, sí -respondieron los ecos.

-¿Y qué habéis hecho con ese caballero tan cumplido, tan rematado?

-¡Matado! ¡Matado! -gimieron los ecos.

Al oír esto y al ver a la vieja que huía, el Caballero del Pez no fue dueño de sí; corrió tras ella y la atravesó con su espada de parte a parte, quedándose clavada en la espada; y como hacía mucho viento, y era la vieja muy delgada y ligera, se puso a girar, dando vueltas en la punta de la espada como un volador.

-¿Dónde está mi hermano, vieja traidora y falaz, hechicera del diablo? -preguntaba el caballero.

-Yo os lo diré -respondió la bruja-. Pero como voy a morir, y estoy mareada de las vueltas que doy mal de mi grado, no lo diré hasta que me hayáis resucitado.

-¿Y cómo he de hacer yo ese mal milagro, pérfida bruja?

-Id al jardín -respondió la vieja-, cortad siemprevivas, eternas, moco de pavo y sangre de dragón; haced con estas flores un cocimiento en la caldera y preparad con él un baño, en el que me meteréis.

Y diciendo esto, la vieja se murió sin decir Jesús.

Hizo el caballero todo como se lo había prescrito la vieja, la que, efectivamente, resucitó, y más fea que antes, porque sus narices, que no cupieron en el caldero, se quedaron muertas y tan blancas, que parecían un colmillo de elefante.

Díjole entonces al caballero dónde estaba su hermano.

Bajó al abismo, en que halló a este y a otras muchas víctimas de la pícara Berberisca, y las fue metiendo una tras otra en el caldero, y todas iban resucitando; y conforme resuci-

taban venía alegre el eco, que era su voz, tomando posesión de sus gargantas, y lo primero que decían era:

-¡Maldita vieja! ¡Berberisca sin piedad! ¡Malvada sin entrañas! Lo que hizo con estos hidalgos hizo el caballero con muchas bellas jóvenes que se había llevado el dragón, que era hijo de la vieja, y cada cual de ellas daba gracias al Caballero del Pez, y su mano a uno de los hidalgos resucitados; y la pícara Berberisca, al ver esto, se volvió a morir de envidia y de coraje.

La niña de los tres maridos

Había un padre que tenía una hija muy hermosa, pero muy voluntariosa y terca. Se presentaron tres novios a cual más apuestos, que le pidieron su hija; él contestó que los tres tenían su beneplácito, y que preguntaría a su hija a cuál de ellos prefería.

Así lo hizo, y la niña le contestó que a los tres.

-Pero, hija, si eso no puede ser.

-Elijo a los tres -contestó la niña.

-Habla en razón, mujer -volvió a decir el padre-. ¿A cuál de ellos doy el sí?

-A los tres -volvió a contestar la niña, y no hubo quien la sacase de ahí.

El pobre padre se fue mohíno, y les dijo a los tres pretendientes que su hija los quería a los tres; pero que como eso no era posible, que él había determinado que se fuesen por esos mundos de Dios a buscar y traerles una cosa única en su especie, y aquel que trajese la mejor y más rara sería el que se casase con su hija.

Pusiéronse en camino, cada cual por su lado, y al cabo de mucho tiempo se volvieron a reunir allende los mares, en lejanas tierras, sin que ninguno hubiese hallado cosa hermosa y única en su especie.

Estando en estas tribulaciones, sin cesar de procurar lo que buscaban, se encontró el primero que había llegado con un viejecito, que le dijo si le quería comprar un espejito.

Contestó que no, puesto que para nada le podía servir aquel espejo, tan chico y tan feo.

Entonces el vendedor le dijo que tenía aquel espejo una gran virtud, y era que se veían en él las personas que su dueño deseaba ver; y habiéndose cerciorado de que ello era cierto, se lo compró por lo que le pidió.

El que había llegado el segundo, al pasar por una calle se encontró al mismo viejecito, que le preguntó si le quería comprar un bote-cito con bálsamo.

-¿Para qué me ha de servir ese bálsamo? - preguntó al viejecito.

-Dios sabe -respondió este-; pues este bálsamo tiene una gran virtud, que es la de hacer resucitar a los muertos.

En aquel momento acertó a pasar por allí un entierro; se fue a la caja, le echó una gota de bálsamo en la boca al difunto, que se levantó tan bueno y dispuesto, cargó con su ataúd y se fue a su casa; lo que visto por el segundo pretendiente, compró al viejecito su bálsamo por lo que le pidió.

Mientras el tercer pretendiente paseaba metido en sus conflictos por la orilla del mar, vio llegar sobre las olas una arca muy grande,

y acercándose a la playa, se abrió, y salieron saltando en tierra ininidad de pasajeros.

El último, que era un viejecito, se acercó a él y le dijo si le quería comprar aquella arca.

-¿Para qué la quiero yo -respondió el pretendiente-, si no puede servir sino para hacer una hoguera?.

-No, señor -repuso el viejecito-, que posee una gran virtud, pues que en pocas horas lleva a su dueño y a los que con él se embarcan adonde apetecen ir y donde deseen. Ello es cierto; puede usted cerciorarse por estos pasajeros, que hace pocas horas se hallaban en las playas de España.

Cerciorose el caballero, y compró el arca por lo que le pidió su dueño.

Al día siguiente se reunieron los tres, y cada cual contó muy satisfecho que ya había hallado lo que deseaba, y que iba, pues, a regresar a España.

El primero dijo cómo había comprado un espejo, en el que se veía, con sólo desearlo, la persona ausente que se quería ver; y para probarlo presentó su espejo, deseando ver a la niña que todos tres pretendían.

¡Pero cual sería su asombro cuando la vieron tendida en un ataúd y muerta!

-Yo tengo -exclamó el que había comprado el bote- un bálsamo, que la resucitaría; pero de aquí a que lleguemos, ya estará enterrada y comida de gusanos.

-Pues yo tengo -dijo a su vez el que había comprado el arca- un arca que en pocas horas nos pondrá en España.

Corrieron entonces a embarcarse en el arca, y a las pocas horas saltaron en tierra, y se encaminaron al pueblo en que se hallaba el padre de su pretendida.

Hallaron a este en el mayor desconsuelo, por la muerte de su hija, que aún se hallaba de cuerpo presente.

Ellos le pidieron que los llevase a verla; y cuando estuvieron en el cuarto en que se encontraba el féretro, se acercó el que tenía el bálsamo, echó unas gotas sobre los labios de la difunta, la que se levantó tan buena y risueña de su ataúd, y volviéndose a su padre, le dijo:

-¿Lo ve usted, padre, cómo los necesitaba a los tres?

Bella Flor

Había una vez un padre que tenía dos hijos; el mayor le tocó la suerte de soldado, y fue a América, donde estuvo muchos años. Cuando volvió, su padre había muerto, y su hermano disfrutaba del caudal y se había puesto muy rico. Fuese a casa de este, y le encontró bajando la escalera.

-¿No me conoces? -le preguntó.

El hermano le contestó con mala manera que no.

Entonces se dio a conocer, y su hermano le dijo que fuese al granero, y que allí hallaría un arca, que era la herencia que le había dejado su padre, y siguió su camino sin hacerle más caso.

Subió al granero, y halló un arca muy vieja, y dijo para sí:

-¿Para qué me puede a mí servir este desvencijado arcón? ¡Pero anda con Dios! Me servirá para hacer una hoguera y calentarme, que hace mucho frío.

Cargó con él y se fue a su mesón, donde cogió un hacha y se puso a hacer pedazos el arcón, y de un secreto que tenía cayó un papel. Cogiolo, y vio que era la escritura de una crecida cantidad que adeudaban a su padre. La cobró, y se puso muy rico.

Un día que iba por la calle encontró a una mujer que estaba llorando amargamente; la preguntó qué tenía, y ella le contestó que su marido estaba muy malo, y que no sólo no tenía para curarlo, sino que se lo quería llevar a la cárcel un acreedor, al que no podía pagar lo que le debía.

-No se apure usted -le dijo José-. No llevarán a su marido a la cárcel, ni venderán lo que tiene, que yo salgo a todo; le pagaré sus deudas, le costearé su enfermedad y su entierro, si se muere.

Y así lo hizo todo. Pero se encontró que cuando el pobre se hubo muerto, después de pagado el entierro, no le quedaba un real, habiendo gastado toda su herencia en esa buena obra.

-Y ahora ¿qué hago? -se preguntó a sí mismo-. Ahora, que no tengo que comer. Me iré a una corte, y me pondré a servir.

Así lo hizo, y entró de mozo en el palacio del Rey.

Se portó tan bien y el Rey lo quería tanto, que lo fue ascendiendo hasta que lo hizo su primer gentilhombre.

Entre tanto, su descastado hermano había empobrecido, y le escribió pidiéndole que le amparase; y como José era tan bueno, lo amparó, pidiendo al Rey le diese a su hermano un empleo en Palacio, y el Rey se lo concedió.

Vino, pues, pero en lugar de sentir gratitud hacia su hermano, lo que sentía era envidia al verlo privado del Rey, y se propuso perderlo. Para eso, se puso a inquirir lo que para su intento le importaba averiguar, y supo que el Rey estaba enamorado de la Princesa Bella-Flor, y que esta, como que era el Rey viejo y feo, no le quería, y se había ocultado en un palacio escondido por esos breñales, nadie sabía dónde. El hermano fue y le dijo al Rey que José sabía dónde estaba la Bella-Flor, y correspondía con ella. Entonces el Rey, muy

airado, mandó venir a José y le dijo que fuese al momento a traerle la Princesa Bella-Flor, y que, si se venía sin ella, lo mandaría ahorcar.

El pobre, desconsolado, se fue a la cuadra para coger un caballo e irse por esos mundos, sin saber por dónde tirar para encontrar a Bella-Flor. Vio entonces un caballo blanco, muy viejo y flaco, que le dijo:

-Tómame a mí, y no tengas cuidado.

José se quedó asombrado de oír hablar un caballo; pero montó en él y echaron a andar llevando tres panes de munición que le dijo el caballo que cogiese.

Después que hubieron andado un buen trecho, se encontraron un hormigal, y el caballo le dijo:

-Tira ahí esos tres panes para que coman las hormiguitas.

-Pero, ¿para qué? -dijo José-. Si nosotros los necesitamos.

-Tíraselos -repuso el caballo-, y no te canses nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho, y encontraron a un águila que se había enredado en las redes de un cazador.

-Apéate -le dijo el caballo-, y corta las mallas de esa red y libra a ese pobre animal.

-¿Pero vamos a perder el tiempo en eso? -respondió José.

-No le hace; haz lo que te digo y no te canses nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho y llegaron a un río, y vieron a un pececito que se había quedado en seco en la orilla, y por más que se movía, con ansias de muerte, no podía volver a la corriente.

-Apéate -dijo a José el caballo blanco-, coge ese pobre pececito y échalo al agua.

-Pero si no tenemos tiempo de entretenernos -contesto José.

-Siempre hay tiempo para hacer una buena obra -respondió el caballo blanco-, y nunca te canses de hacer bien.

A poco llegaron a un castillo, metido en una selva sombría, y vieron a la Princesa Bella-Flor, que estaba echando afrecho a sus gallinas.

-Atiende -le dijo a José el caballo blanco-; ahora voy a dar muchos saltitos y hacer piruetas, y esto le hará gracia a Bella-Flor; te

dirá que quiere montar un rato, y tú la dejarás que monte; entonces yo me pondré a dar coces y relinchos; se asustará, y tú la dirás entonces que eso es porque no estoy hecho a que me monten las mujeres, y montándome tú, me amansaré; te montarás, y saldré a escape hasta llegar al palacio del Rey.

Todo sucedió tal cual lo había dicho el caballo, y sólo cuando salieron a escape, conoció Bella-Flor la intención de robarla que había traído aquel jinete.

Entonces dejó caer el afrecho que llevaba al suelo, en que se desperdigó, y le dijo a su compañero que se le había derramado el afrecho y que se lo recogiese.

-Allí, donde vamos -respondió José-, hay mucho afrecho.

Entonces, al pasar bajo un árbol, tiró por alto su pañuelo, que se quedó prendido en una de las ramas más altas, y dijo a José que se apease y se subiese al árbol para cogérselo; pero José le respondió:

-Allá, donde vamos, hay muchos pañuelos.

Pasaron entonces por un río, y ella dejó caer en él una sortija, y le pidió a José que se

apease para cogérsela; pero José le respondió que allí donde iban, había muchas sortijas.

Llegaron, por fin, al palacio del Rey, que se puso muy contento al ver a su amada Bella-Flor; pero esta se metió en un aposento, en que se encerró, sin querer abrir a nadie. El Rey la suplicó que abriese; pero ella dijo que no abriría hasta que le trajesen las tres cosas que había perdido por el camino.

-No hay más remedio, José -le dijo el Rey-, sino que tú, que sabes las que son, vayas por ellas, y si no las traes, te mando ahorcar.

El pobre José se fue muy afligido a contárselo al caballito blanco, el que le dijo:

-No te apures; monta sobre mí, y vamos a buscarlas.

Pusiéronse en camino y llegaron al hormigal.

-¿Quisieras tener el afrecho? -preguntó el caballo.

-¿No había de querer? -contestó José.

-Pues llama a las hormiguitas y diles que te lo traigan, que si aquel se ha desperdigado, te traerán el que han sacado de los panes de munición, que no habrá sido poco.

Y así sucedió; las hormiguitas, agradecidas a él, acudieron, y le pusieron delante un montón de afrecho.

-¿Lo ves -dijo el caballito- cómo el que hace bien, tarde o temprano recoge el fruto?

Llegaron al árbol al que había echado Bella-Flor su pañuelo, el que ondeaba como un banderín en una rama de las más altas.

-¿Cómo he de coger yo ese pañuelo -dijo José-, si para eso se necesitaría la escala de Jacob?

-No te apures -respondió el caballito blanco-; llama al águila que libertaste de las redes del cazador, y ella te lo cogerá.

Y así sucedió. Llegó el águila, cogió con su pico el pañuelo, y se lo entregó a José.

Llegaron al río, que venía muy turbio.

-¿Cómo he de sacar esa sortija del fondo de este río hondo, cuando ni se ve, ni se sabe el sitio en que Bella-Flor la echó? -dijo José.

-No te apures -respondió el caballito-; llama al pececito que salvaste, que él te la sacará.

Y así sucedió, y el pececito se zambulló y salió tan contento, meneando la cola, con el anillo en la boca.

Volvióse, pues, José muy contento al palacio; pero cuando le llevaron las prendas a Bella-Flor, dijo que no abriría ni saldría de su encierro mientras no friesen en aceite al pícaro que la había robado de su palacio.

El Rey fue tan cruel, que se lo prometió, y dijo a José que no tenía más remedio que morir frito en aceite.

José se fue muy afligido a la cuadra y contó al caballo blanco lo que le pasaba.

-No te apures -le dijo el caballito-; móntate sobre mí, correré mucho y sudaré; úntate tu cuerpo con mi sudor, y déjate confiado echar en la caldera, que no te sucederá nada.

Y así sucedió todo; y cuando salió de la caldera, salió hecho un mancebo tan bello y gallardo, que todos quedaron asombrados, y más que nadie Bella-Flor, que se enamoró de él.

Entonces el Rey, que era viejo y feo, al ver lo que le había sucedido a José, creyendo que a él le sucediese otro tanto, y que entonces se

enamoraría de él Bella-Flor, se echó en la caldera y se hizo un chicharrón.

Todos entonces proclamaron por Rey al Chambelán, que se casó con Bella-Flor.

Cuando fue a darle gracias por sus buenos servicios al que todo se lo debía, al caballito blanco, este le dijo:

-Yo soy el alma de aquel infeliz en cuya ayuda, enfermedad y entierro gastaste cuanto tenías, y al verte tan apurado y en peligro, he pedido a Dios permiso para poder, a mi vez, acudir en tu ayuda y pagarte tus beneficios. Por eso te he dicho y te lo vuelvo a decir, de que nunca de canses de hacer bien.

El lirio azul

Versión valenciana

Había vez y vez un Rey que tenía tres hijos, a los que dijo que daría la corona a aquel de los tres que le trajese el lirio azul.

Echáronse los hijos cada cual por distinto rumbo a buscarlo por esos mundos.

El más chico encontró la flor y se la metió muy contento dentro de la media, por si encontraba a sus hermanos, que no la vieran. En medio de un arroyo seco se lo encontraron, y conocieron ellos que llevaba la flor, y se dijo uno a otro:

-¿Qué haremos para quitársela y ganarnos la corona?

El otro respondió:

-Matarle.

Y así lo hicieron, enterrándolo después en la arena.

Como eran dos, y una sola la flor, echaron a suertes a ver quién la ganaba, y le favoreció al mayor. Se fue muy contento a su casa, y cuando llegó y le dio a su padre la flor, el Rey le declaró heredero de la corona.

En esto pasó un pastor por el sitio en que estaba enterrado el hermano más chico, y vio que salía de la tierra una cañita blanca, la que arrancó e hizo con ella una flauta. La tocó, y decía:

Toca, toca, bon pastor,
y no ennamenes
per la flor del lliri blau;

man mort en riu de arenes.

Fue tocando esto hasta pasar delante del palacio del Rey, y este, habiendo oído la flauta, salió a llamar al pastor, y le dijo:

-Sube a tocarme esa flauta, que quiero oírla.

Entró el pastor y se puso a tocarla, y repitió su canción. Mandó llamar el Rey a sus hijos, y le dijo al pastor que le dijere de dónde había sacado aquella flauta. El pastor los llevó al sitio donde había encontrado su flauta, y el Rey dijo a sus hijos:

-¿Sois vosotros los que habéis muerto a vuestro hermano?

Pero ellos dijeron que no.

Su padre mandó que levantaran la arena en aquel lugar, y encontraron al niño vivo y sano, sólo faltándole un dedo que había quedado fuera cuando lo enterraron, y era el que había servido para hacer la flauta, y el padre dio la corona al niño y castigó a sus hermanos.

Vivió y reinó muchos años, pero siempre sin un dedo.

Cuento contado, ya se ha acabado, y por la chimenea se fue al terrado.

El pájaro de la verdad

Erase vez y vez un pescador muy pobre, que vivía en una chocita en la orilla de un río, muy claro, muy manso, aunque profundo, el que huyendo del sol y la bulla, se entraba por entre árboles, zarzas y cañaverales a escuchar a los pajaritos que le alegraban con sus cantos.

Un día que, metido en su lanchita, iba el pescador a echar sus redes, vio bajar pausadamente por la corriente una arquita de cristal. Bogole al encuentro, y icuál no sería su asombro al ver en ella acostadas sobre algodones a dos criaturas recién nacidas, niño y niña, al parecer mellizos! Al pobre pescador le dio mucha lástima de ellas y se las llevó a su mujer, que a la sazón estaba criando.

-¡Eso es! -dijo esta cuando se los presentó-. Tenemos ocho hijos, y como si no tuviésemos bastantes, me traes unos pocos más.

-Mujer -repuso el pobre pescador-, ¿y qué hacía?... ¿Dejaba ir sin proximidad ni caridad ninguna a estos angelitos río abajo, a que se muriesen de hambre o a que se los tragase la mar con sus grandes tragaderas? ¡Dios, que nos envía estos dos hijitos más, cuidará de ayudarnos a criarlos!

Y así sucedió; porque los niños se criaron sanos y robustos a la par de sus otros ocho hijos. Eran ambos tan buenos, tan dóciles y tan compuestitos, que el pescador y su mujer los querían mucho, y de continuo se los ponían por ejemplo a sus otros hijos, por lo cual estos, envidiosos y enrabiados, les hacían mil injusticias y mil agravios; de manera que huyendo de estos vejámenes, se iban los huérfanos a refugiar entre las arboledas y cañaverales de las orillas del río. Divertíanse con los pajaritos, a los que llevaban migajas de pan, y estos, agradecidos, volaban a su encuentro y les enseñaban la lengua de los pájaros, que aprendieron pronto; y así se entretenían con ellos y les enseñaron muchas cosas muy buenas y muy bonitas, siendo una de ellas el levantarse temprano y otra el can-

tar. Un día que estaban los hijos del pescador más rabiosos que nunca, les dijeron a los mellizos:

-Nosotros somos bien nacidos e hijos de cristianos; pero vosotros, con toda vuestra compostura y señorío, sois unos mal nacidos, sin más padre ni más madre que el río, lo propio que los sapos y las ranas.

Al recibir este insulto los huérfanos, que tenían vergüenza, se atribularon y avergonzaron tanto, que determinaron irse por esos mundos de Dios o buscar a sus padres.

A la madrugada siguiente, salieron, pues, sin que nadie los sintiese, y empezaron a caminar... a caminar... a la ventura, por esos campos. A medio día no habían vislumbrado pueblo alguno, ni visto alma viviente.

Estaban cansados, sedientos y abatidos, cuando al revolver un montecillo, se encontraron con una casita; pero cuando se llegaron a ella, la hallaron cerrada y ausentes sus dueños.

Entonces, descorazonados, se sentaron a descansar en un poyo que tenía la puerta. A poco rato notaron que se reunían una porción

de golondrinas en el ala del tejado, y como son tan picoterías, se ponían a charlar unas con otras. Habiendo ellos aprendido la lengua de los pájaros, entendían lo que decían.

-¡Hola, comadre de la ciudad! -decía una de ellas que tenía el talante un poco palurdo, a otra que lo tenía muy fino y distinguido-.

¡Dichosos los ojos que la ven a usted! Pensé que tenía usted a sus amigas del campo olvidadas; ¡ya! ¡Como vive usted en un palacio!...

-Heredé el nido de mis padres -contestó la otra-, y como no lo han desvinculado, todavía lo sigo viviendo, como usted el suyo. Pero dígame, ante todo -prosiguió con fina política-, ¿cómo le va a usted y a toda su familia?

-Bien, a Dios gracias, porque aunque he tenido a mi Beatricilla con una fluxión de ojos que poco ha faltado para que se me quedase ciega, fui por nuestro remedio, el «pito-real», y se mejoró como por ensalmo.

-Pero, ¿qué novedades me cuenta usted comadre Beatriz? ¿Canta bien el ruiseñor? ¿Se eleva siempre tan airosa la alondra? ¿Se engalana el jilguero?

-Hermana -contestó la interrogada-, no tengo que contar a usted sino puros escándalos. La grey nuestra, que antes era tan inocente y morigerada, está perdida y va tomando los ejemplos de los hombres. ¡Es un dolor!

-¡Qué! ¿Las buenas costumbres y la inocencia no se encuentran en el campo ni entre los pájaros? ¡Comadre! ¿Qué me dice usted?

-La verdad pura y no más; figúrese usted que al llegar de nuestro viaje aquí, nos encontramos con las currucas, que se van cuando viene la primavera, los días largos y las flores, buscando el frío y los temporales; al ver esa insensatez, por compasión las quisimos disuadir, a lo que nos contestaron con la mayor insolencia.

-¿Cómo fue eso?

-Las dijimos:

-¿Adónde vais, locas?

-De dónde venís, disolutas,
que fuisteis pocas
y venís muchas?

Esta fue la respuesta que nos dieron, con la que nos hicieron salir los colores a la cara.

-¡Qué oigo! -exclamó su interlocutora-. ¿Quién ha osado nunca tacharnos a nosotras, las más honestas y fieles de las aves, de disolutas?

-¿Y qué pensará usted si le digo -prosiguió la primera- que la cogujada, que era tan tímida y tan mujer de bien, se ha hecho una insolente ladrona, y que
La cogujada, en su trajín,
pica el garbanzo, pica el maíz;
y al sembrador que se enfada
al ver el daño que hace,
le dice muy descarada:
«Siembra más, que este no nace».

-¡Estoy atónita!

-Pues no sabe usted de la misa la media. Cuando llegué aquí y quise entrar en mi nido, me encontré en él, muy arrellenado, a un desvergonzado gorrión. «Este nido es mío», le dije. «¿Tuyo?», me contestó el muy grosero echándose a reír. «Mío y muy mío». «La propiedad es un robo», me pitó con coraje. «Señor... ¿Está usted en sí?», le dije. «Ese nido lo labraron mis abuelos; en él me criaron mis

padres, y en él criaré a mis hijos». «No hay familia», me dijo aquel emberrenchinado. Al ver esto me desmayé, y todas mis compañera se pusieron a llorar. Cuando volví en mí, nuestros maridos habían echado a aquel pícaro ladrón. Pero usted, hermana, no verá tales escándalos por los palacios.

-¡Veo otros!... ¡Ay! ¡Si usted supiera!...

-¡Cuenta usted! ¡Cuenta usted! - exclamaron todas las golondrinas a un tiempo y precipitadamente; y después que el silencio se hubo restablecido, merced a un recio y prolongado «oíd», que pitó la decana, la palaciega empezó su relato en estos términos:

-Han de saber ustedes que el Rey se enamoró de la más pequeña de las hijas de un sastre, que vivía cerca de palacio, y se casó con ella; y la niña se lo merecía, porque era tan buena como hermosa y tan humilde como discreta. Sucedió que tuvo que ir el Rey a una guerra, y la Reina quedó embarazada y con el sentimiento de separarse, en aquellas circunstancias, de su marido. ¡Con razón lo sentía! Porque los ministros y cortesanos, que no la querían por Reina, por ser hija de un sas-

tre, tramaron perderla; por lo cual, cuando salió de su ocasión, dando a luz unos hermosos mellizos, los muy pícaros escribieron al Rey que lo que la Reina había parido era un gato y una culebra.

Cuando recibió semejante nueva el Rey, furioso y avergonzado, expidió una Real orden, que mandaba que lo que la Reina hubiese parido fuese echado al río, y que fuese ella emparedada; y así se hizo. La buena Reina fue emparedada, y los angelitos, metidos en una arquita de cristal, fueron echados al río.

Las golondrinas, que son tan buenas y tan madreras, se pusieron a alimentarse en coro sobre la suerte de la pobre Reina y de las inocentes criaturas, y los mellizos se miraron asombrados, sospechando si podrían ser ellos aquellos niños abandonados.

La narradora prosiguió:

-Pero oigan ustedes lo que ha permitido Dios para burlar los planes de los malvados. La Reina fue emparedada; pero su ama, que la quería mucho, logró hacer un agujero en la pared, y por allí la suministraba alimentos, como nosotras a nuestros polluelos; y esta

señora vive, aunque una vida de mártir. Los niños fueron recogidos por un buen pescador, que los ha criado, según me ha contado un amigo mío, «Martín, pescador», que está establecido a orillas del río.

Los mellizos, que esto oían, estaban enajenados y cada vez más contentos de haber aprendido la lengua de los pájaros; con lo cual se prueba que nunca se deben desperdiciar las ocasiones de aprender, pues cuando menos se piensa, puede ser de gran utilidad lo aprendido.

-De manera -dijeron con alegría las golondrinas- que cuando esos niños sean mayores, podrán recuperar su puesto al lado de su padre y libertar a su madre.

-Esto no es tan fácil -repuso la narradora-, porque no podrán identificar su persona, ni probar así la inocencia de su madre, ni la maldad de los ministros, pues sólo hay un medio por el que podían desengañar al Rey.

-¿Y cuál es? ¿Cuál es? -preguntaron a una voz todas las golondrinas-.

¿Cómo lo sabe usted?

-Lo sé -contestó la interrogada- porque pasando un día por el jardín de palacio, me di de patas a pico con un cucú, que como saben ustedes es pájaro zahorí, y sabe hasta lo venidero; y discurriendo ambos sobre las cosas de palacio, me dijo lo siguiente:

(Los niños y las golondrinas se pusieron a escuchar con redoblada atención, y hasta las golondrinillas sacaron, con grave riesgo de caerse, su cabecita calva fuera de los nidos, sin que lo notasen sus madres, que a haberlo advertido, les hubiesen dado un picotazo en castigo).

-El solo que puede persuadir al Rey -prosiguió la palaciega- es el «Pájaro de la Verdad», que habla la lengua de los hombres, aunque ellos, las más veces, no saben o no quieren entenderle.

-Y ese pájaro, ¿dónde está? -pregunté yo al cucú.

-Ese pájaro está -contestó- en el castillo de «Irás y no volverás»; ese castillo lo guarda un gigante feroz, que no duerme sino un cuarto de hora en las veinticuatro. Si al despertar alcanza a alguno fuera o dentro del castillo,

con su tremendo brazo le echa mano y se lo engulle, lo mismo que nosotras a un mosquito.

-¿Y dónde está ese castillo? -preguntó la curiosa comadre Beatriz.

-Eso es lo que yo no sé -contestó su amiga-; lo único que sé es que no lejos hay una torre, en la que vive una pícara bruja, que es la que sabe el camino, y que lo enseña por tal de que le traigan de la fuente que corre allí «el agua de muchos colores», que sirve para sus encantos; pero que no dirá, aunque la maten, dónde está el «Pájaro de la Verdad», al cual tiene aborrecido y quisiera matar; pero como a ese pájaro nadie lo puede matar, lo que hace ella y su compadre el gigante es tenerle preso y guardado por los pájaros de la mentira, que le tienen acogotado, sin dejarle respirar.

-¿Pero nadie más le podrá dar razón al pobre niño si llegase a ir, de dónde tienen escondido al «Pájaro de la Verdad»? -preguntaron las campesinas.

-Nadie -respondió la ciudadana-, sino un piadoso mochuelo que se ha hecho ermitaño

en aquella soledad; pero de la lengua de los hombres no sabe más que la palabra «¡cruz!», que tan impresa se le quedó cuando presenció en el Calvario la crucifixión del Redentor de los hombres, que no cesa de repetirla tristemente. Así es que no se podrá hacer entender del Príncipe, aun dado el imposible caso de que por allí fuese. Pero amigas, quédense ustedes con Dios, que en tan sabrosa plática se me ha pasado la tarde en un decir Pipí; el sol va buscando su nido, que tiene hecho de espumas en el fondo del mar. Y yo voy a buscar el mío; que mis hijitos me estarán echando de menos. Con Dios... ¡Comadre «Beatriiiiiz»!

Diciendo esto, la golondrina tomó su vuelo, y los niños, sin sentir con su alegría hambre ni cansancio, se levantaron y siguieron su camino en la dirección del vuelo que había tomado la golondrina.

Al toque de oraciones llegaron a una ciudad, que calcularon sería aquella en que moraba su padre. Pidieron a una buena mujer que les diese albergue por aquella noche, lo

que ella, viéndolos tan bonitos y tan modositos, les concedió gustosa.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, cuando ya estaba la niña barriendo la casa, y el niño sacando agua y regando el jardín; de manera que cuando la buena mujer se levantó, se encontró las haciendas hechas; por lo cual se mostró tan contenta que propuso a los niños que se quedasen a vivir con ella. El niño contestó que su hermana lo haría; pero que en cuanto a él, le precisaba concluir un negocio para el que había venido allí. Despidiose, pues, y siguió su camino a la buena ventura, pidiendo a Dios guiase sus pasos para llevar a cabo tan arriesgada empresa.

Tres días anduvo por esos andurriales, sin encontrar ni vestigio de torre, y al cuarto se sentó, triste y desesperanzado, a la sombra de un árbol. Sucedió que al cabo de un rato vio llegar a una tortolita, la que se posó en las ramas del árbol. Díjole el niño en su lenguaje:

-Tortolita del negro collar,
¿decirme querrás
(iasí goces tu amor por un siglo!)

donde está el castillo de Irás
y no volverás?

-¡Pobre niño! -responde la tórtola.

¿Quién tan mal te quiere
que te envía allá?

¡Es mi buena o mi mala fortuna!
contesta el rapaz.

-Pues saberlo quieres -replicale el ave-,
isigue el viento, que hoy sopla hacia allá!

El niño le dio las gracias, y se puso en seguida en camino, temiendo que al viento, como es tan voluntarioso y mudable, le diese gana de cambiar de rumbo.

El campo cada vez se hizo más árido y triste, y al anochecer divisó entre sombras y desnudas rocas una mole más negra que ambas, que era la torre en que moraba la bruja. Su vista amedrentaba; pero como el niño estaba animoso, como todo el que lleva por objeto muy buen propósito, siguió impávido; y llegado que hubo, tomó una piedra, y con ella tocó tres golpes a la puerta, que repitieron las concavidades de las peñas, como suspiros arrancados de sus entrañas.

Abriose la puerta y apareció en el quicio, con un candil en la mano que alumbraba su rostro, una vieja tan decrepita y tan horrenda, que el pobre niño dio, horrorizado, tres pasos atrás.

Rodeábala un ejército de lagartos, salamangas, cucarachas, arañas y otras sabandijas.

-¿Cómo te atreves, inmundicia ambulante - exclamó-, a venir a alborotar a mis puertas y a despertarme? ¿Qué quieres? Habla presto.

-Señora -dijo el niño-, sabiendo que sólo vos conocéis el camino que lleva al castillo de «Irás y no volverás», vengo a que me lo indiquéis, si os place.

La vieja hizo una mueca, que significaba una sonrisa burlona, y respondió:

-Bien; pero ahora es tarde; mañana irás; entra, y dormirás con estas sabandijas.

-No me puedo detener -repuso el niño-; me precisa ir ahora mismo, para regresar antes que sea de día al punto de donde vengo.

-¡Mal perro le muerda y mal gato le arañe al indócil rapaz! -gruñó rabiosa la vieja-. Si te lo digo -añadió- ha de ser con la condición de

que me traigas este jarro lleno de «agua de muchos colores», que brota de la fuente que está en el patio del castillo; y si no me la traes, te convierto en lagartija para toda una eternidad.

-¡Convenidos! -respondió el niño.

Entonces la vieja llamó a un pobre perro, muy flaco y muy doliente, que tenía, y le dijo:

-Ea, ¡upa! Conduce a ese gurrapato al castillo de «Irás y no volverás», y cuidado que avises a mi compadre su llegada.

El perro gruñó, se sacudió y se puso en camino.

Al cabo de dos horas llegaron frente a un castillote muy grande, muy negro, muy triste... cuyas puertas estaban abiertas de par en par, pero sin que luz ni ruido alguno indicasen que fuese habitado; hasta los rayos de la luna, al resbalar sobre aquella masa oscura y sin vida, parecían más pálidos.

El perro se puso a aullar y siguió adelante; pero el niño, que no sabía si era o no la hora en que dormía el gigante, se paró y se apoyó temeroso y agitado en el tronco de un embebido y «frondío» acebuche, que era el solo

árbol que se hallaba en aquella árida y escueta comarca.

-¡Válgame mi buen Jesús! -clamó el niño.

-«¡Cruz! ¡Cruz!» -le respondió una triste voz entre las ramas del olivo silvestre.

El niño reconoció con alborozo al ermitaño de que había hecho mención la golondrina, y le dijo en la lengua de los pájaros:

-Pobrecito mochuelo, te suplico que me ampires y que me guíes, puesto que vengo en busca del «Pájaro de la Verdad», y antes tengo que llevar a la bruja de la torre «el agua de los muchos colores».

-No hagas eso- contestó el mochuelo-; sino llena el jarro del agua clara y pura que brota de un manantial al pie de la fuente del «agua de muchos colores»; en seguida entra en la pajarera, que se halla al frente de la puerta; no escojas ninguno de los pájaros de vistosos colores que te salgan al encuentro y te atolondren gritándote todos a la par, que ellos son el «Pájaro de la Verdad», sino coge a un pajarito blanco, a quien los otros tienen arrinconado, y a quien persiguen sin descanso sin poderlo matar, porque no puede morir. Pero...

¡apresúrate!, porque en este instante se acaba de quedar dormido el gigante, y su sueño no dura más que un cuarto de hora.

El niño echó a correr, entró en el patio, donde halló la fuente, que tenía muchos caños, por los que vertía agua de distintos colores; pero, no los miró, sino que llenó su jarro del manantial de agua clara y pura que brotaba al pie de la fuente, y se encaminó a la pajarera. Apenas entró, cuando se vio rodeado de una bandada de pájaros: los unos, cuervos negros; otros, pavos reales; otros, chorlitos, y todos le aseguraban ser ellos el «Pájaro de la Verdad»; pero el niño no se dejó embaucar, sino siguió derecho, y descubriendo arrinconado al pájaro blanco a quien buscaba, le tomó, le abrigó en su pecho y se salió, no sin llevar sendos picotazos de los enemigos del «Pájaro de la Verdad».

El niño se encaminó sin dejar de correr hacia la torre de la bruja.

Cuando hubo llegado, la vieja cogió el jarro y le tiró al niño todo el agua que contenía, creyendo que era la de los muchos colores, y que el niño se convertiría en un loro; pero

como era agua pura y clara, el niño, al recibirla, se puso mucho más hermoso. Acudieron en seguida a empaparse en ella todas las sabbandijas, que eran las personas que habían ido allí con el mismo intento que había llevado el niño, por lo cual todos los lagartos se volvieron caballeros andantes; las lagartijas, princesas; los grillos, músicos; los cigarrones, danzantes; las chicharras, periodistas; las arañas, doncellas; las curianas, estudiantes; los escarabajos, doctores; los mosquitos, cantantes; las moscas, viudas, y los gorgojos, niños.

Cuando la bruja vio aquello, tomó una escoba, se montó en ella y echó a volar.

Los desencantados, señoras, señores y niños, dieron gracias a su libertador, y cada cual tiró por su lado.

Cuál sería la alegría de su hermana al ver llegar al niño con el «Pájaro de la Verdad», fácil es de suponer; pero quedaba una cosa muy difícil, y era hacer penetrar al «Pájaro de la Verdad» hasta el Rey sin que lo impidiesen todos aquellos cortesanos que estaban intere-

sados en que no llegase a saberla ni a descubrir el gran delito que habían cometido.

Hubo más. Habiendo cundido por la corte que en ella se encontraba el «Pájaro de la Verdad», fue tal el susto que inspiró esta noticia, que pocos eran los que dormían tranquilos.

Se prepararon contra él toda clase de armas, a cual más afiladas, a cual más emponzoñadas; se proporcionaron halcones para perseguirlo; jaulas, calabozos en que encerrarlo, si matarlo no lograban; se le difamó diciendo que su blancura era hipócrita afeitada con que encubría su negro plumaje; se le deprimió y ridiculizó de todas maneras, con talento y sin él. Al fin, tanto se habló del «Pájaro de la Verdad», que llegó esta nueva a los oídos del Rey, que se empeñó en verle; y por más que las intrigas de la gente de la Corte lo quisieron impedir, Su Majestad mandó terminantemente que se echase un pregón que hacía saber que aquel que tuviese en su poder al «Pájaro de la Verdad» le presentase sin detención al Rey.

El niño, que no deseaba otra cosa, acudió a palacio, llevando en su pecho al «Pájaro de la Verdad»; pero como es de suponer, no le quisieron dejar entrar los cortesanos.

Entonces el pajarito se echó a volar, se entró en las estancias reales por un balcón, se presentó al Rey, y le dijo:

-Señor: yo soy el «Pájaro de la Verdad»; al niño que me trae en su pecho, no le han querido dejar entrar los cortesanos de V. M.

El Rey mandó luego que subiese el niño, que lo hizo con su hermanita, a quien había llevado consigo. Luego que estuvieron en su presencia, les preguntó el Rey quiénes eran.

-Que se lo diga a Vuestra Real Majestad el «Pájaro de la Verdad» -contestó el niño.

E interrogado este por el Rey, le respondió que aquellos niños eran sus propios hijos, y le relató cuanto había sucedido.

Apenas se enteró el Rey de tan inicua trama, cuando estrechó con lágrimas de gozo, a los niños en sus brazos; mandó venir albañiles, que abrieron el hueco en el que por tantos años había estado emparedada la buena Reina, y del cual salió la pobrecita tan blanca,

que parecía una Reina de mármol; pero apenas vio a sus hijos, cuando brotó a sus mejillas la sangre de su corazón y se puso más hermosa que nunca lo había estado.

El Rey la abrazó y la sentó en el trono, y a su lado los Príncipes, sus hijos. Mandó venir al buen pescador, al que hizo jefe del Ministerio de la Pesca; a la fiel y bondadosa ama se la jubiló, se la sentó en un sillón de muelles, con un rosario en una mano y un abanico en la otra, y se la nombró «Duquesa de la Huelga». Repartiéronse muchas gracias y dones, y yo fui y vine y no me dieron nada.

Los deseos

Había un matrimonio anciano, que aunque pobre, toda su vida la había pasado muy bien trabajando y cuidando de su pequeña hacienda. Una noche de invierno estaban sentados marido y mujer a la lumbre de su tranquilo hogar en amor y compañía, y en lugar de dar gracias a Dios por el bien y la paz de que disfrutaban, estaban enumerando los bienes de

mayor cuantía que lograban otros, y deseando gozarlos también.

-¡Si yo en lugar de mi hacecilla -decía el viejo-, que es de mal terruño y no sirve sino para revolcadero, tuviese el rancho del tío Polainas!

-¡Y si yo -añadía su mujer-, en lugar de esta, que está en pie porque no le han dado un empujón, tuviese la casa de nuestra vecina, que está en primera vida!

-¡Si yo -proseguía el marido-, en lugar de la burra, que no puede ya ni con unas alforjas llenas de humo, tuviese el mulo del tío Polainas!

-¡Si yo -añadió la mujer- pudiese matar un puerco de 200 libras como la vecina! Esa gente, para tener las cosas, no tienen sino deseárselas.

¡Quién tuviera la dicha de ver cumplidos sus deseos!

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando vieron que bajaba por la chimenea una mujer hermosísima; era tan pequeña, que su altura no llegaba a media vara; traía, como una Reina, una corona de oro en la cabeza. La túnica

y el velo que la cubrían eran diáfanos y formados de blanco humo, y las chispas que alegres se levantaron con un pequeño estallido, como cohetitos de fuego de regocijo, se colocaron sobre ellos, salpicándolos de relumbrantes lentejuelas. En la mano traía un cetro chiquito, de oro, que remataba en un carbunco deslumbrador.

-Soy el Hada Fortunata -les dijo-; pasaba por aquí, y he oído vuestras quejas; y ya que tanto ansiáis por que se cumplan vuestros deseos, vengo a concederos la realización de tres: uno a ti, dijo a la mujer; otro a ti, dijo al marido; y el tercero ha de ser mutuo, y en él habéis de convenir los dos; este último lo otorgaré en persona mañana a estas horas, que volveré; hasta allá, tenéis tiempo de pensar cuál ha de ser.

Dicho que hubo esto, se alzó entre las llamas una bocanada de humo, en la que la bella Hechicera desapareció.

Dejo a la consideración de ustedes la alegría del buen matrimonio, y la cantidad de deseos que como pretendientes a la puerta de un ministro les asediaron a ellos. Fueron tan-

tos, que no acertando a cual atender, determinaron dejar la elección definitiva para la mañana siguiente, y toda la noche para consultarla con la almohada, y se pusieron a hablar de otras cosas indiferentes.

A poco recayó la conversación sobre sus afortunados vecinos.

-Hoy estuve allí; estaban haciendo las morcillas -dijo el marido-.

¡Pero qué morcillas! Daba gloria verlas.

-¡Quién tuviera una de ellas aquí -repuso la mujer- para asarla sobre las brasas y cenárnosla!

Apenas lo había dicho, cuando apareció sobre las brasas la morcilla más hermosa que hubo, hay y habrá en el mundo.

La mujer se quedó mirándola con la boca abierta y los ojos asombrados. Pero el marido se levantó desesperado, y dando vueltas al cuarto, se arrancaba el cabello, diciendo:

-Por ti, que eres más golosa y comilona que la tierra, se ha desperdiciado uno de los deseos. ¡Mire usted, señor, qué mujer esta! ¡Más tonta que un habar! Esto es para desesperarse. ¡Reniego de ti y de la morcilla, y no

quisiese más sino que te se pegase a las narices!

No bien lo hubo dicho, cuando ya estaba la morcilla colgando del sitio indicado.

Ahora toca el asombrarse al viejo, y desesperarse a la vieja.

-¡Te luciste, mal hablado! -exclamaba esta, haciendo inútiles esfuerzos por arrancarse el apéndice de las narices-. Si yo empleé mal mi deseo, al menos fue en perjuicio propio, y no en perjuicio ajeno; pero en el pecado llevas la penitencia, pues nada deseo, ni nada desearé sino que se me quite la morcilla de las narices.

-¡Mujer, por Dios! ¿Y el rancho?

-Nada.

-¡Mujer, por Dios! ¿Y la casa?

-Nada.

-Desearemos una mina, hija, y te haré una funda de oro para la morcilla.

-Ni que lo pienses.

-Pues qué, ¿nos vamos a quedar como estábamos?

-Este es todo mi deseo.

Por más que siguió rogando el marido, nada alcanzó de su mujer, que estaba por momentos más desesperada con su doble nariz, y apartando a duras penas al perro y al gato, que se querían abalanzar a ella.

Cuando a la noche siguiente apareció el hada y le dijeron cuál era su último deseo, les dijo:

-Ya veis cuán ciegos y necios son los hombres, creyendo que la satisfacción de sus deseos les ha de hacer felices.

No está la felicidad en el cumplimiento de los deseos, sino que está en no tenerlos; que rico es el que posee, pero feliz el que nada desea.

El pícaro pajarillo

Había vez y vez un pajarito, que se fue a un sastre, y le mandó que le hiciese un vestidito de lana. El sastre le tomó la medida, y le dijo que a los tres días le tendría acabado. Fue en seguida a un sombrero, y le mandó hacer un sombrero, y sucedió lo mismo que

con el sastre; y por último, fue a un zapatero, y el zapatero le tomó medida, y le dijo, como los otros, que volviese por ellos al tercer día. Cuando llegó el plazo señalado se fue al sastre, que tenía el vestidito de lana acabado, y le dijo:

-Póngamelo usted sobre el piquito y le pagaré.

Así lo hizo el sastre; pero en lugar de pagarle, el picarillo se echó a volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero.

Vistiose el pajarito con su ropa nueva y se fue al jardín del Rey; se posó sobre un árbol que había delante del balcón del comedor, y se puso a cantar mientras el Rey comía:

Más bonito estoy con mi
vestidito de lana,
que no el Rey con su manto de grana.
Más bonito estoy con mi vestidito de lana,
que no el Rey con su manto de grana.

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su Real Majestad se enfadó, y mandó que le cogiesen y se le trajesen frito. Así sucedió. Des-

pués de desplumado y frito, se quedó tan chico, que el Rey se lo tragó enterito.

Cuando se vio el pajarito en el estómago del Rey, que parecía una cueva más oscura que media noche, empezó sin parar a dar sendos picotazos a derecha e izquierda.

El Rey se puso a quejarse, y a decir que le había sentado mal la comida, y que le dolía el estómago.

Vinieron los médicos, y le dieron a su Real Majestad un menjunge de la botica para que vomitase; y conforme empezó a vomitar, lo primero que salió fue el pajarito, que se voló más súbito que una exhalación. Fue y se zambulló en la fuente, y enseguida se fue a una carpintería, y se untó toldo el cuerpo de cola; fuese después a todos los pájaros, y les contó lo que le había pasado, y les pidió a cada uno una plumita, y se la iban dando; y como estaba untado de cola, se le iban pegando. Como cada pluma era de su color, se quedó el pajarito más bonito que antes, con tantos colores como un ramillete. Entonces se puso a dar volteos por el árbol que estaba

delante del balcón del Rey, cantando que se las pelaba:

¿A quién pasó lo que a mí?

En el Rey me entré, del Rey me salí.

El Rey dijo:

-¡Que cojan a ese pícaro pajarito!

Pero él, que estaba sobre aviso, echó a volar que bebía los vientos, y no paró hasta posarse sobre las narices de la Luna.

El Carlanco

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien, que tenía tres chivitas que había criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasión en que iban por los montes vio a una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama, y la avispa se subió en ella y se salvó:

-¡Dios te lo pague, que has hecho una buena obra de caridad! -le dijo la avispa a la cabra-. Si alguna vez me necesitas, ve a aquel paredón derrumbado, que allí está mi

convento. Tiene este muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes.

Dicho lo cual echó a volar cantando maitines.

Pocos días después les dijo una mañana temprano la cabra a sus chivitas:

-Voy al monte por una carguita de leña. Vosotras encerraos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir a nadie, porque anda por aquí el Carlanco. Sólo abriréis cuando yo os diga:

¡Abrid, hijitas, abrid!

Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo había encargado su madre.

Y cate usted ahí que llaman a la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

¡Abrid, que soy el Carlanco!

Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde dentro: ¡Abrela, guapo!

Y como no pudo, se fue hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habían de pagar.

A la mañana siguiente fue y se escondió, y oyó lo que la madre les dijo a las chivitas, que fue lo propio del día antes. A la tarde se vino muy dequedito, y remedando la voz de la cabra, se puso a decir:

¡Abrid, hijitas, abrid!

Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta, y vieron que era el mismísimo Carlanco en propia persona.

Echáronse a correr, y se subieron por una escalera al sobrado, y la tiraron tras sí; de manera que el Carlanco no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta, y se puso a dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos que a las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre, que les dijo:
¡Abrid, hijitas, abrid!
One soy la madre que os parí.

Ellas, desde su sobrado, le gritaron que no podían, porque estaba allí el Carlanco.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso mas pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó:

-¿Quién es? -pregunto la tornera.

-Madre, soy una cabrita, para servir a usted.

-¿Una cabrita aquí, en este convento de avispas descalzas y recoletas? ¡Vaya, ni por pienso! Pasa tu camino y Dios te ayude -dijo la tornera.

-Llame usted a la madre abadesa, que traigo prisa -dijo la cabrita-; si no voy por el abejaruco, que le vi al venir por acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó a la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.

-Voy a socorrerte, cabrita de buen corazón -le dijo-. Vamos a tu casa.

Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso a picar al Carlanco, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó y echó a correr que echaba incendios; y yo

Pasé por la cabreriza,
y allí me dieron dos quesos:
uno para mí, y el otro
para el que escuchare a questo.

Otra versión del Carlanco

Había tres ovejitas que se reunieron para labrarse una casita; hiciéronlo así con muchas ramitas y yerbecitas, y después de concluida, la mayor se metió en ella, atrancó la puerta y dejó a las otras fuera; las otras no tuvieron más remedio que labrarse otra, y concluida que fue, la mayor de las dos se metió dentro, cerró la puerta y dejó a la más chica fuera, sola y abandonada. Echose esta a llorar, cuando acertó a pasar un albañil, y le preguntó que qué tenía, y la ovejita se lo contó. Entonces el albañil le labró una casa muy buena,

con sus paredes de cantos y su techo de teja; además, revistió la puerta y toda la casa de púas de hierro, por si venía el Carlanco que se clavase en ellas.

Vino el Carlanco, y llegando a la casita de la oveja mayor, dijo:

Abre la puerta al Carlanco,
Si no te mato.

La ovejita contestó:
-Ábrela, guapo.

Entonces echó la puerta, que era de ramas, abajo, y se la comió, y lo mismo sucedió con la segunda; pero cuando llegó a la casa de la tercera dijo:

Abre la puerta al Carlanco,
Si no te mato.

La ovejita contestó:
-Ábrela, guapo.

Entonces se echó con tanta furia contra la puerta, que se clavó todas las púas y se quedó muerto.

Había una vez tres cabritas muy pobrecitas, y la mayor dijo:

-¿Qué haremos?

La segunda contestó:

-No lo sé.

Y la tercera dijo:

-Yo sí que lo sé. Vamos a casa de Benibaire, y hurtaremos tres cantaritos de aceite.

-Bien lo has pensado -contestaron las otras-. Vamos allá.

Después de andar una legua, sintieron una voz que decía:

-Be, be.

Vieron un gran carnero; se asustaron y echaron a huir.

Huir, huir.

Que nos va a embestir.

Pero el carnero les gritó:

-No os asustéis. ¿Adónde vais?

Ellas le contestaron:

-A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya? -dijo el carnero.

Le respondieron:

-Ven.

Anduvieron otra legua, y oyeron una voz que dijo:

-Miau, miau.

Y vieron un gato negro muy grande; se asustaron y echaron a huir, diciendo:

Huir, huir.

Que nos va a arañar.

Pero el gato les gritó:

-No os asustéis; no os arañaré. ¿Adónde vais?

-A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y oyeron una voz que gritaba:

-Kikirikí...

Y vieron a un gallo muy fiero; se asustaron y echaron a correr, diciendo:

Huir, huir.

Que nos picará.

Díjoles el gallo:

-No os asustéis; no os picaré. ¿Dónde vais?

-En casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y se encontraron un montón de estiércol; se asustaron y echaron a huir, diciendo:

Huir, huir.

Que nos ensuciará.

Dijo el estiércol:

-No tengáis miedo; no os ensuciaré.

¿Adónde vais?

-En casa de Benibaire a hurtar tres cantaros de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y se encontraron una aguja capotera; se asustaron, y dijeron:

Huir, huir.

Que nos pinchará.

Dijo la aguja:

-No tengáis miedo, que no os pincharé.
¿Dónde vais?

-A casa de Benibaire a hurtar tres cantaritos de aceite.

-¿Queréis que vaya?

-Ven.

Anduvieron otra legua, y llegaron a casa de Benibaire, y como era de noche, estaba la puerta cerrada.

-¿Cómo entraremos? -dijeron las cabritas.

A lo que contestó el gallo:

-Yo, gallo galloso, volaré, y volaré al tejado, y me entraré por la chimenea.

Y así lo hizo, y les abrió la puerta.

Entraron en la casa, y dijeron:

-¿Dónde nos esconderemos?

El gallo dijo:

-Yo ya tengo puesto; me iré al humero.

El gato se escondió en la ceniza; el estiércol en las pajuelas; la aguja se metió en la toalla, y el carnero se metió detrás de la puerta.

Entonces se fueron las cabritas a las tinajas a sacar el aceite.

Estando sacándolo se les cayó el embudo, y se despertó Benibaire, que dijo:

-¡Ay, Señor! ¡Ladrones han entrado en mi casa!

Se levantó y fue al humero, y miró por el cañón de la chimenea a ver si era de día. Estando mirando le cayó en los ojos una porquería que el gallo le echó, y se quedó ciego; fue a tientas a buscar las pajuelas para encender, y como el estiércol estaba entre ellas, se ensució todas las manos.

-¡Ay, Señor! -dijo-. ¡Qué manos tengo tan sucias!

Y fue a buscar la toalla para limpiarse, y como estaba clavada en ella la aguja capotera, se la clavó; fue a encender luz en el ojo del gato, y este se abalanzó y le arañó todo; fue huyendo para salir a la calle, y cuando llegó a la puerta salió el carnero y le dio una topada por detrás que le echó a rodar; se fue al molino huyendo, se cayó en el río y se ahogó, y las cabritas se quedaron hechas amas de la casa, y lo pasaron muy bien, y yo fui y vine y no me dieron nada, sino unos zapatitos de cobre, otros de cristal, otros de azúcar y

otros de cordobán; estos me los puse, los de cristal se me rompieron, los de azúcar me los comí, y los de cobre son para ti.

La zorra y la vejeta

Habíase un a Zorra y una Vejeta, que eran muy amigas.

La Vejeta, que, como se sabe, es un pájaro muy honrado, y buscavida sin ser ladrón, le dijo a la Zorra:

-Comadre Zorra, ahí tengo una hacecilla de tierra, y si usted quisiera, la sembraríamos a parcería.

-Sí que me place -contestó la Zorra.

-Pues ya es preciso ararla, pues el tiempo se nos viene encima -dijo la Vejeta.

-Bien está -repuso la Zorra.

Poco después le volvió a decir la Vejeta:

-Es preciso sembrar.

-Corra usted con eso, que yo salgo a todo -contestó la Zorra.

Pasados unos meses le dijo la Vejeta a la Zorra:

-Comadre, la yerba se está comiendo al trigo. Es preciso escardar el pegujal.

-Bien está -contestó la Zorra-. Corra usted con eso, que yo salgo a todo.

Pasado otro poco de tiempo, la volvió a decir la Vejeta a la Zorra:

-Comadre, el trigo está en sazón, y es preciso segar.

-En buena hora sea -contestó la Zorra-. Corra usted con eso, que yo salgo a todo.

La Vejeta, por bonachona que fuese, empezó a entrar en desconfianza, y le contó a un galgo, amigo suyo, lo que le pasaba.

El galgo, que era listo, estuvo al punto al cabo de que la Zorra le iba a jugar una de sus pasadas a la bonachona de la Vejeta, y le dijo:

-Siegue usted el trigo, méntalo en la era y escóndame usted a mí en una gavilla, sin dejar más descubierta que un ojo, para que pueda ver lo que pase.

La Vejeta hizo todo como se lo había encargado el galgo, y a poco llegó la Zorra, que al ver la era y el hermoso trigo ya trillado se

puso muy contenta, dando, vueltas y cantando:

Lío, lío,

La paja y el trigo son míos.

Lío, lío,

La paja y el trigo son míos.

Habiéndose en esto acercado a la gavilla en que estaba escondido el galgo, al ver entre la paja el ojo que tenía descubierto, dijo:

-¡Ay, qué uva!

-Pero no está madura -respondió el galgo, saltando afuera de su escondite, y mató a la Zorra.

El gallo y el pato

Reinaba un gallo en un corral. Hízose amigo suyo un pato, que tenía buena pluma, había navegado y patullado en la fuente del saber; su andar no era garboso, pero firme; su voz no era melodiosa, pero grave y sostenida. Este le aconsejó a su amigo el gallo que se cortase la cresta, que era chocante, y los

espolones, que eran inútiles. El gallo condescendió, y se fue a dar un paseo con su amigo.

Este, que era muy confiado, dejó la puerta del corral abierta. Cuando volvieron fue el gallo a su hogar a encender, y vio en él dos luces.

-¡Qué luces tan raras son estas! -dijo el gallo.

Y acercándose vio que eran los ojos de un gato que se le abalanzó.

Pusiéronse a pelear.

El pato, que esto veía, no paraba de repetir:

-Paz, caballeros; paz, paz, caballeros; paz, paz, paz, paz.

La joroba

Había una vez un Rey que tenía una hija única que deseaba mucho casar para tener herederos de su reino; pero la niña, que había sido mimada, era voluntariosa, y no quería casarse; si su padre no lo hubiera querido, habría rabiado por casarse.

Un día que salió a misa se encontró a un pordiosero, tan viejo, jorobado, feo y porfiado, que le empachó y no le quiso dar limosna. El pobre para vengarse, le tiró un piojo; la Princesa, que nunca había visto tan asquerosa sabandija, se lo llevó a palacio, lo metió en una redoma y lo crió con sopitas de leche, con lo que se puso tan gordo que no cabía en la redoma. Entonces la Princesa lo mandó matar, curtir su piel, y con esta que le hiciesen una pandereta y ponerla el aro de hinojo.

Un día en que su padre la volvía a instar a que se casase, le respondió que se casaría con aquel que le acertase de qué era hecha su pandereta.

-Bien, sea -dijo el padre-; pero a fe de Rey y de cristiano viejo, que te has de casar con el que lo acertase, sea quien sea.

Cundida que fue la voz de que la Princesa se casaría con el que acertase de qué era hecha su pandereta, vinieron de las cuatro partes del mundo Reyes, Príncipes, Duques, Marqueses, Condes y caballeros muy bien portados, y todos, por su escalafón, fueron viendo la pandereta, y ninguno acertó de qué

estaba hecha. Lo más extraño era que cuando se tocaba, el sonido que daba semejaba todo al que usan los pobres para pedir una limosnita por Dios. Entonces dispuso el Rey que acudiese todo el que quisiese a ver si acertaba de qué era hecha aquella pandereta.

Era el caso que entre los Príncipes había venido uno muy hermoso, del que se había prendado la hija del Rey, y estando esta en el balcón, le vio pasar y le gritó:

El pellejo es de piojo,
y el aro de hinojo.

Pero el Príncipe no oyó sus voces, y quien las oyó fue el horroroso jorobado, a quien ella había negado la limosna. Comprendió el viejo, que era muy ladino, lo que las palabras que había dicho la Princesa al hermoso Príncipe significaban, y entrándose en seguida en palacio, dijo que venía a acertar de lo que era hecha la pandereta de la hija del Rey; y apenas se la presentaron, cuando dijo:

El pellejo es de piojo,
y el aro de hinojo.

¡Amigo! Como que acertó, no hubo escape. Y la Princesa, que quiso que no, fue entregada por su padre al asqueroso mendigo, que había ganado el premio que ella había puesto al adivinador.

-Vete ahora mismo con tu marido -le dijo el Rey-, y no te vuelvas a acordar en tu vida que tienes padre.

Fuese avergonzada y llorosa la Princesa con su jorobado, y andando y más andando llegaron a un río, que tenían que vadear.

-Tómame a cuestras y pásame el río, que para eso eres mi mujer -le dijo el viejo.

La Princesa hizo lo que le mandaba su marido; pero cuando estuvo en medio de la corriente, empezó a sacudirse para que se cayese el pordiosero al río, y este se fue cayendo a pedazos; primero la cabeza, después los brazos y piernas; en fin, todo menos la joroba, que se le quedó a la Princesa pegada a la espalda como con cola.

Pasado que hubo el río, preguntó por su camino, y se encontró con que su joroba iba remedando su voz y repitiendo cuanto decía, como si en lugar de joroba hubiese llevado a

la espalda una peña con un eco. Las gentes, unas se reían, y otras se enfadaban, pensando que hacía burla de ellas; de manera que no le quedó más remedio que fingirse muda; así, alargando la mano para pedir limosna, fue caminando hasta que llegó a una ciudad que acertó a ser la tierra de aquel Príncipe de quien ella se había prendado tanto. Fuese a palacio para que la tomasen de moza, y la admitieron.

Viola el Príncipe y la halló tan bonita, que decía:

-Si no fuese muda y jorobada, me casaba con la moza, porque tiene una cara peregrina.

Trataron de casar al Príncipe, y aquí de la pena y de los celos de la Princesa, que cada día se había prendado más del heredero de aquel reino.

Arreglados que fueron los contratos matrimoniales con otra Princesa más derecha que un huso y más parlera que una cotorra salió el Príncipe con una gran comitiva para traerla, y se hicieron en palacio grandes aprestos para la cena; a la muda la pusieron a freír unas tortas.

Estándolas friendo, le dijo a su joroba:

-¿Jorobita, quieres una tortita?

La joroba, que, como fue de un viejo, era muy golosa, contestó que sí.

-Pues ponte en mi hombrito -le dijo la Princesa.

Y le dio una torta.

En seguida le volvió a preguntar:

-¿Jorobita, quieres otra tortita?

La joroba respondió que sí.

Y ella le dijo:

-Pues ponte en mi faldita.

La joroba dio un saltito y se puso en las faldas de la Princesa, que ya estaba prevenida y con las tenazas en la mano, cogió la joroba y la echó en el aceite hirviendo, en el que se hizo un chicharrón.

No bien se vio libre de su joroba, se fue a su cuarto, se aseó, peinó y engalanó, y se puso un vestido verde y oro.

Al llegar el Príncipe se quedó extático de ver a la muda sin su joroba, tan bien pergeñada y bien parecida.

La novia, que lo notó, dijo entonces:

Miren la muda mudarra

lo verde qué bien la arma.

A lo que respondió muy engolletada la Princesa:

Pues miren la gran deshonesto,
que aún no ha entrado, y ya se muestra.

Apenas vio el Príncipe que la muda hablaba y que de la joroba no quedaba ni señal, cuando se casó con ella, tuvieron muchos hijos, fueron muy felices, y yo fui y volví con un palmo de nariz.

El galleguito

Había en Cádiz un galleguito muy pobre, que quería ir al Puerto para ver a un hermano suyo que era allí mandadero; pero quería ir de balde.

Púsose en la puerta del muelle a ver si algún patrón que fuese al Puerto lo quería llevar. Pasó un patrón, que le dijo:

-Galleguño, ¿te vienes al Puerto?

-En non tengu dineriñu; si me llevara de balde, patrón, iría.

-Yo, no -contestó este-; pero estate ahí, que detrás de mí viene el patrón Lechuga, que lleva la gente de balde.

A poco pasó el Lechuga, y el galleguito le dijo que si le quería llevar al Puerto de balde, y el patrón le dijo que no.

-Patrón Lechuja -dijo el galleguito-, ¿y si le canto a usted una copliña que le juste, me llevará?

-Sí; pero si no me gusta ninguna de las que cantes, me tienes que pagar el pasaje.

A lo que convino el galleguito, y se hicieron a la vela.

Cuando llegaron a la barra, esto es, a la entrada del río, empezó el patrón a cobrar el pasaje a los que venían en el barco; y cuando llegó al galleguito, le dijo este:

-Patrón Lechuja, allá va una copliña.

Y empezó a cantar:

Si foras a la miña terra
y preguntaren por mí,
eu dices que estoy en Cádiz
vendiendo ajua e anís.

-¿Ha justado, patrón? -preguntó en seguida.

-No -respondió el patrón.

-Pues, patrón, allá va otra:

Patrón Lechuja, por Dios,
jústele alguna copliña,
purque a lus quartus míos
hanle entradu la murriña.

-¿Ha justado, patrón?

-No.

-Pues allá va otra:

Jaguellino, jaguellino,
nun seas más retraectreiro,
mete a mano en a bossa
e paja al patrón su dineiro.

-¿Ha justado, patrón?

-Esa, sí.

-Pues non paju -dijo alegre el galleguito.
Y se fue sin pagar.

Juan Cigarrón

Había un hombre, que se llamaba Juan Cigarrón, que discurrió ganar dinero haciéndose pasar por zahorí. Hizo su papel a la perfección; se dio tal importancia, gastó tanta fantasía, que alucinó a todo el mundo; porque habéis de saber, niños míos, que los hombres tienen una desgraciada propensión a creer lo que no deben creer.

Así fue que Juan Cigarrón cobró por entonces una fama parecida a la que en nuestros días alcanzan otros engañabobos como él.

Sucedió que en el palacio del Rey, fue extraída una gran cantidad de plata labrada, y por más diligencias que se hicieron, no se pudo averiguar quiénes habían sido los perpetradores del robo.

Por último recurso, le aconsejaron al Rey que mandase venir al famoso zahorí, para el que nada había oculto; advirtiéndole que este portento no siempre contestaba, sino que sólo lo hacía cuando estaba de humor de hacerlo.

El Rey mandó venir a su presencia al zahorí, que, como pueden ustedes figurarse, se quedó muerto, y más muerto, cuando el Rey le dijo que le iba a encerrar en un calabozo, y que si a los tres días no le había descubierto los autores del robo, lo mandaba ahorcar por embrollón y embustero.

-¡Ya puedo prepararme a bien morir! pensó Juan Cigarrón cuando se halló en el calabozo. ¡Nunca me hubiese metido a zahorí, que me cuesta la torta un pan! Tres días de vida me quedan; ni uno más, ni uno menos. ¡Bien empleado te está Juan Cigarrón!

Era el caso que la plata había sido robada por tres pajes del Rey, y que estos estaban encargados de llevarle al preso la comida. Cuando el primero de ellos se la llevó, exclamó Juan Cigarrón, aludiendo a los tres días de término que le había señalado el Rey:

¡Ay señor San Bruno,
que de los tres ya vino uno!

Como el paje tenía mala conciencia y había oído decir que para aquel zahorí no había na-

da oculto, se sobrecogió, y dijo a sus compañeros:

-¡Perdidos estamos! El zahorí sabe que somos nosotros los ladrones.

Los otros no le quisieron creer; pero al segundo día, cuando otro de los pajes entró en el calabozo a llevarle la comida, y oyó a Juan Cigarrón exclamar con dolor:

¡Ay San Juan de Dios,
que de los tres he visto dos!

salió más alarmado que el primero.

-Razón tenías -le dijo a su compañero-; nos conoce y somos perdidos.

Así fue que cuando al día siguiente fue el tercero con la comida, y oyó a Juan Cigarrón que decía con desconsuelo:

¡Ay San Andrés,
que ya los he visto a los tres!

se echó a sus pies, le confesó el delito, le ofreció devolver toda la plata robada y darle una gran regalía si no los delataba.

Pasados los tres días, el Rey mandó que trajesen al zahorí a su presencia, el que se presentó tan orondo y tan erguido.

-¿Conque -preguntó el Rey-, me traes las noticias que te he pedido?

-Señor -respondió Juan Cigarrón con mucha prosopopeya-, soy muy noble y muy filántropo para que pueda delatar a nadie; pero confío en que Vuestra Majestad se contentará con que por mi arte y poder se le devuelva la plata robada.

-Sí, sí -respondió el Rey-; con que parezca y vuelva a mi poder, me contento. ¿Dónde está?

Juan Cigarrón se irguió, y respondió haciendo un gesto majestuoso:

-Que vayan al calabozo en que he estado encerrado, y allí se encontrará.

Así se hizo, y se encontró la plata, que allí habían llevado los pajes.

El Rey se quedó absorto y admirado, y se prendó de tal suerte de Juan Cigarrón, que le nombró zahorí mayor, adivino de cámara y acertador particular.

Pero todo esto no le hacía gracia al agraciado, que estaba temblando que se presentase otra ocasión en que recurriese Su Majestad a su ciencia, de la que temía no salir tan airoso como de la pasada.

Y no fueron vanos sus terrores, porque un día que paseaba el Rey por sus jardines, deseoso Su Majestad de tener otra prueba más del saber de su zahorí mayor, le presentó de repente su mano cerrada, preguntándole que era lo que en ella tenía.

Al oír esta apremiante pregunta, el pobre hombre perdió la cabeza y exclamó:

¡De esta hecha,

Juan Cigarrón cayó en la percha!

El Rey abrió la boca, de la que se escapó un grito de admiración, y la mano, de la que se escapó un cigarrón, que era lo que en ella tenía. El Rey, en su entusiasmo, le dijo al feliz adivino que pidiera lo que quisiese, y fuese lo que fuese, le daba su palabra real de que se lo concedería; a lo que contestó en seguida:

-Pido, Señor, que

No me volváis a preguntar

en la vida,
no sea que la tercera sea la vencida.

El zurrón que cantaba

Erase una madre que no tenía más que una niña, a la que quería muchísimo, porque la niña era muy buena; por lo que le había regalado una gargantilla de coral.

Un día le dijo que fuera por un cantarito de agua a la fuente, que estaba fuera del lugar. Fue la niña, y cuando llegó a la fuente, se quitó su gargantilla de coral para que no se le cayese en el pilón a tiempo de llenar el cántaro.

Junto a la fuente estaba sentado un por-diosero viejo, muy feo, que llevaba un zurrón, y que miraba a la niña con unos ojos... que le dieron miedo; y apenas llenó el cántaro, cuando echó a correr y dejó olvidada la gargantilla.

Al entrar en su casa, la echó de menos, y se volvió apresurada a la fuente para buscarla; y cuando llegó, estaba todavía allí el viejo,

que cogió a la niña y la zampó en el zurrón. En seguida, se fue a pedir limosna a una casa, diciendo que traía una maravilla, y era un zurrón que cantaba. Ya se ve; las gentes quisieron oírlo, y el viejo dijo con una voz de trueno:

Zurrón, canta;
si no te doy con esta lanza.

La pobre niña, muerta de miedo, no tuvo más remedio que ponerse a cantar, lo que hizo llorando, de esta manera:

Por agua fui a la fuente
que está fuera del lugar,
y perdí mi gargantilla,
gargantilla de coral.

¡Ay la madre de mi alma,
qué enfadada se pondrá!

Volvime luego a la fuente
por si podía encontrar
mi perdida gargantilla,
gargantilla de coral.

¡Ay la madre de mi alma,
qué apurada que estará!
No encontré mi gargantilla,

gargantilla de coral,
no encontré mi gargantilla,
y perdí mi libertad.
¡Ay la madre de mi alma,
qué afligida que estará!

Cantaba tan bien la niña, que a las gentes les gustaba mucho oírla, por lo que en todas partes le daban al viejo mucho dinero porque cantase el zurrón.

Viendo así de casa en casa, llegó a la de la madre de la niña, y conforme esta oyó el canto, conoció la voz de su hija, y le dijo al pobre:

-Tío, el tiempo está muy malo: el viento arrecia y el agua engorda; quédese usted aquí esta noche recogido, y le daré de cenar.

El pobre vino en ello, y la madre de la niña le dio tantísimo de comer y de beber, que se infló, de manera que, después de cenar, se quedó más dormido que un difunto.

Entonces sacó la madre del zurrón a su niña, que estaba el alma mía heladita y desfallecida; le dio muchos besos, bizcochos en

vino, y la acostó y arropó en la cama, y en el zurrón metió a un perro y a un gato.

A la mañana siguiente dio el viejo las gracias, y se fue tan descuidado. En la primera casa que llegó dijo, como había dicho el día antes, al zurrón:

¡Zurrón, canta;
si no te doy con esta lanza!

Al punto dijo el perro:
Pícaro, viejo, uau, uau.

Y el gato:
Perverso, viejo, miau, miau.

Enojado el pobre, creyendo que así cantaba la niña, abrió el zurrón para castigarla; entonces salieron rabiando el perro y el gato, y el gato se le abalanzó a la cara y le sacó los ojos, y el perro le arrancó de un mordisco las narices, y... aunque testigo no he sido, así me lo han referido.

Pico, pico, a ver si me pongo rico

Había una vez un molinero que tenía mucho afán por ser rico; así era que cuando se ponía a picar la piedra de su molino, repetía sin cesar al dar los golpes:

Pico, pico,
a ver si me pongo rico.

Acertó a pasar por allí el Rey, y le preguntó Su Majestad qué era lo que estaba diciendo. A lo cual le contestó que con su afán de salir de pobre, decía:

Pico, pico,
a ver si me pongo rico.

Al punto regresó el Rey a su palacio y mandó hacer una torta muy grande, que hizo rellenar toda de monedas de plata, y se la envió al molinero.

Cuando el molinero la vio, le dijo a su mujer:

-Mira... mandaremos esta torta a nuestro compadre padre, que nos favorece mucho, y podrá favorecernos en adelante.

Y así lo hicieron.

Al cabo de unos días volvió el Rey a pasar por allí, y se encontró todo tan pobre y en el mismo estado en que lo halló la primera vez. El molinero estaba picando la piedra, y diciendo:

Pico, pico,
a ver si me pongo rico.

-¿No recibiste -le preguntó el Rey- una torta que te mandé?

-Sí, señor -contestó el molinero-; pero, ha de saber Su Real Majestad que tengo un compadre que me favorece, y a fin de aumentarle la buena voluntad, se la mandé para que se la comiese a mi salud.

-Está visto -dijo el Rey- que el que nació para pobre, por más que pique no ha de salir de su estado. Sabrás, hombre, como que la torta que te mandé estaba rellena de monedas de plata.

El molinero se desesperó y se arrancaba los cabellos.

-No te aflijas -le dijo el Rey-, que te he de ver rico o poco he de poder.

Dicho lo cual se volvió a su palacio real y le mandó al molinero una torta rellena de monedas de oro.

Al cabo de algún tiempo volvió el Rey a pasar por el molino, y se alegró mucho al ver que estaba todo allí muy compuesto y renovado; pero cuando se acercó a la hermosa casa, oyó que en ella lloraban amargamente. Indagó la causa, y supo que aquella noche había muerto el molinero, con la particularidad de tener asido en la mano un papel que nadie le podía arrancar. Entró el Rey en la estancia en que estaba el difunto; el pobre estaba tendido en su féretro, y con la rigidez de la muerte tenía asido aquel papel que nadie había podido arrancarle; pero el cual, al acercarse el Rey, soltó inmediatamente. El Rey lo recogió, y leyó estas palabras escritas en él:

Yo pobre lo quise;
Tú rico lo quieres;

Resucítalo si puedes

Cuento de embustes

Había vez y vez una Princesa muy estrafularia, que dijo a su padre, el cual deseaba que tomase estado, que no se casaría sino con aquel que supiese mentir más que ella, y ella lo hacía de manera que nadie podía sobrepujarla. Llegó esto a oídos de un pastorcillo que anidaba por el campo.

-Yo me presentaré -dijo para sus adentros-, que de seguro le gano en mentir la palma a la Princesa; que mentir me lo ha enseñado una culebra descendiente de la del Paraíso -y se fue a Palacio.

-¿Qué traes? -le preguntó al verle llegar la Princesa.

-Sepa V. A. R. -respondió el pastorcillo- que he viajado mucho y que le vengo a relatar mis viajes.

-Bien está -dijo la Princesa-; pero si dices una palabra de verdad, te mando echar a la calle con cajas destempladas.

-Mi primer viaje fue largo -dijo el pastorcillo-, porque estando sembrando una palma, creció tan de pronto y tan alta, que me levantó consigo hasta el cielo. Llegué allí en tan buena ocasión, que me hallé en la boda de las once mil vírgenes; y porque a una de ellas eché un requiebro, me alargó San Pedro un puntapié, que me botó fuera. Atravesé en mi caída el mar, y me encontré con la luna, en la que me entré por un ojo, y me hallé que tenía los sesos de plata y los cabellos de oro; me descolgué por uno de ellos; la luna volvió la cara, y al verme se cortó el cabello de un bocado; este se desprendió, y caí en una calabaza, donde lo pasé muy bien, hasta que llevaron mi casa a la plaza, donde la compraron para un convento de monjas. Las monjas creyeron que era yo un gusano y me tiraron con la basura a la huerta del convento; habiendo caído un aguacero, me nací allí. Corteme las raíces con mi navaja y eché a andar por esos mundos. Llegué a un río, eché las redes, y pesqué un borrico; me monté en él y seguí caminando. A los dos días vi que tenía el animal una matadura; se le enseñé a un albéitar,

que me mandó que le pusiera habas; se las puse y nació un habar que parecía un bosque; cogí una escopeta y me puse a cazar en él y maté a un jabalí; era hembra, y después de muerta parió una vieja, que bauticé, y le puse «Nací-tarde». La tía «Nací-tarde» se enamoró de mí, y por verme libre de ella me subí en una tortuga que corría más que el viento, y en un santiamén me llevó a los profundos centros de los mares. Allí me encontré un convento de sardinas, de que era priora una ballena, que al verme abrió su boca y me tragó; pero con un chorro de agua, que echó por las narices me lanzó a la orilla. Allí me encontraron tendido unos marineros, y como la sal del mar se había cuajado, y estaba yo todo blanco y agarrotado, me vendieron a unos «santi-barati», que a su vez me vendieron a un sevillano, que me puso en el patio de su casa, rodeado de tiestos con matas. La primera noche llovió, y con eso se me derritió la sal y pude echar a correr. Supe que Su Alteza Real buscaba para premiarlo a uno que fuese más embustero que ella, y dije: Allá voy a probarle que yo lo soy.

-Pues ya dijiste una verdad, pues mientes más que yo -dijo la Princesa-, por lo cual no te puedes casar conmigo; pero como has mentido tan bien, mejor que otro alguno, es justo que te premie y te dé un buen destino. ¿Qué destino hay vacante? -preguntó S. A. R. al ministro.

-Señora -respondió el ministro-, no hay otro alguno que el de director de la «Gaceta», por haber muerto esta mañana el que lo era.

-Pues que sea inmediatamente dado dicho destino a este pastor, por los méritos que ha contraído -repuso la Princesa.

Y así sucedió, y el pastorcillo siguió mintiendo en al «Gaceta», por lo cual las gentes dieron en decir: «Mientes más que la 'Gaceta'»; dicho que se hizo refrán y dura hasta el día.

El duendecillo fraile

Había una vez tres hermanitas que se mantenían amasando de noche una faneguita de harina. Un día se levantaron de madrugada

para hacer su faena, y se la hallaron hecha, y los panes prontos para meterlos en el horno, y así sucedió por muchos días. Queriendo averiguar quién era el que tal favor les hacía, se escondieron una noche, y vieron venir a un duende muy chiquito, vestido de fraile, con unos hábitos muy viejos y rotos.

Agradecidas le hicieron unos nuevos, que colgaron en la cocina. Vino el duende y se los puso, y en seguida se fue diciendo:

Frailecito con hábitos nuevos,
ni quiere amasar, ni ser panadero.

Esto prueba, niños míos, que como el duendecito hay muchos, que son complacientes y oficiosos hasta que logran un beneficio, y que una vez recibido, no se vuelven a acordar de quien se lo hizo.

La gallina duende

Una mujer vio entrar en su corral una hermosa gallina negra, la que a poco puso un huevo que parecía de pava, y más blanco que

la cal. Estaba la mujer loca con su gallina, que todos los días ponía su hermosísimo huevo.

Pero hubo de acabársele la overa, y la gallina dejó de poner, y su ama se incomodó tanto, que dejó de darla trigo, diciendo:

-Gallina que no pone, trigo no come.

A lo que la gallina, abriendo horrorosamente el pico, contestó:

-Poner huevo y no comer trigo, eso no es conmigo.

Y abriendo las alas, dio un volteo, se salió por la ventana y desapareció, por lo que la mujer se cercioró de que la tal gallina era un duende, que se fue sentido por la avaricia de la dueña.